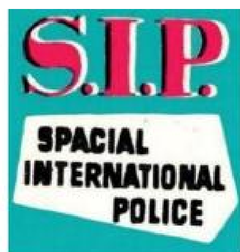


GARRAS INVISIBLES

W. SAMPAS

Echando una ojeada al reloj que había sobre la mesilla de noche, Nora Mac Lean se dijo que podía dejar dormir a su esposo una docena de minutos más antes de despertarle, con tiempo para que tomase el heiibús que debía conducirle al trabajo.

¡Se merecía aquellos minutos de descanso!

La mujer abandonó la alcoba, dirigiéndose a la cocina donde empezó a pulsar los botones que harían que la máquina preparase el desayuno de siempre: tostadas con mantequilla, té, café y jugo de vitaminas especialmente calculado para la vitalidad del señor Mac Lean.



W. Sampas

Garras invisibles

Bolsilibros:
S. I. P.
(Spacial International Police) - 40

ePub r1.0
LDS 24.04.19

Título original: *Garras invisibles*
W. Sampas, 1960
Cubierta: Ayné
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GARRAS INVISIBLES




GARRAS
INVISIBLES

CAPÍTULO PRIMERO


quella mañana la señora Mac Lean se levantó con esa sensación indefinible que precede a los días que han de tener una importancia fundamental para la vida. Mientras se vestía, contemplando el sueño tranquilo del señor Mac Lean, sonrió al pensar que la misma cosa había sentido, treinta años antes, cuando se preparaba para contraer matrimonio.

Echando una ojeada al reloj que había sobre la mesilla de noche, Nora Mac Lean se dijo que podía dejar dormir a su esposo una docena de minutos más antes de despertarle, con tiempo para que tomase el heiibús que debía conducirle al trabajo.

¡Se merecía aquellos minutos de descanso!

La mujer abandonó la alcoba, dirigiéndose a la cocina donde empezó a pulsar los botones que harían que la máquina preparase el desayuno de siempre: tostadas con mantequilla, té, café y jugo de vitaminas especialmente calculado para la vitalidad del señor Mac Lean.

Mientras se ocupaba de prepararlo todo, la buena señora Mac Lean se puso a canturrear una melodía pasada de moda, pero cuyas notas traían consigo un cúmulo de recuerdos agradables, especialmente en aquellos momentos. Luego, cuando las luces de la cocina electrostática le comunicaron que el desayuno estaba preparado, Nora colocó todo lo que había salido de la máquina sobre una bandeja, dirigiéndose al comedor.

Ahora podía mirar la casa donde habían vivido los últimos quince años con ese desprecio que precede a la seguridad de un cambio. Todo, absolutamente todo, le causaba disgusto. Y sabiendo que muy pronto iría a vivir a un barrio más elegante, en consonancia con el nuevo puesto que iba a tener su marido, se divirtió ante la idea de abandonar su alojamiento actual, con la desagradable vecindad, que estaba formada por pequeños empleados, de monótonas costumbres y personalidad totalmente apagada.

Nora, cuando se casó, treinta años antes, llevó al matrimonio la ilusión lógica de una posibilidad de vida distinta a la que había tenido que soportar en casa de sus padres. Y la verdad era que su esposo había hecho cuanto estuvo al alcance de su mano para satisfacer las exigencias sociales de su mujer.

Pero un empleado de una casa de Banca es un hombre que ha de tener muchísima paciencia, limitándose a esperar las vacantes que irán colocándole, a fuerza de tiempo, en lugares cada vez más importantes.

Así había pasado la vida de los Mac Lean, consiguiendo él, después de ímprobos esfuerzos, verse convertido en el cajero general y jefe de cofres, cosa que no se había atrevido a soñar jamás.

Pero ahora era distinto.

De repente y sin que Wilson Mac Lean lo esperase, el director le había hablado, hacía unos días, de la posibilidad de proporcionarle un puesto de secretario general, con un despacho que se comunicaba directamente con el suyo y que constituía una especie de filtro por el que sólo pasaban ciertas visitas de capital importancia.

«El martes próximo —le había dicho el director— le llamaré a mi despacho para ultimar los detalles de su cambio…».

Y hoy era martes.

Nora miró con arrobo la placa metálica del calendario eléctrico, sintiéndose invadida de gozo. Aquellos cinco días que habían pasado desde que el director le había anunciado la buena nueva a su esposo, fueron para ella siglos que parecían no querer terminarse nunca.

Jamás había creído que el tiempo pudiera pasar tan lentamente, tan desesperadamente.

Pero el famoso día había llegado.

Dejando el desayuno sobre la mesa, regresó a la habitación, despertando a su marido con una dulzura verdaderamente extraordinaria.

—¡Wilson! ¡Cariño!

Él abrió los ojos inmediatamente, pues, como su esposa, llevaba soñando con aquel día todo el tiempo que había tenido que esperar hasta que llegara.

—¿Qué hora es, Nora?

—Las ocho menos cuarto. El desayuno está preparado…

—Voy.

Se levantó con agilidad juvenil, Y es que se sentía joven, dinámico, como si la noticia de su ascenso hubiera obrado a modo de un suero rejuvenecedor, demostrándole que poseía aún energías que la monótona vida llevada hasta entonces había hecho permanecer enterradas.

—¿Vas a ponerte el traje azul?

—¡Desde luego!

El traje azul era para los Mac Lean una especie de símbolo, algo así como un uniforme de ceremonia, que sólo salía del armario cuando extraordinarias circunstancias lo exigían.

No estuvo Wilson más que unos pocos minutos en el cuarto de aseo: lo justo para pasar por su rostro una crema depiladora y dejarse acariciar unos instantes por la máquina de masajes. Salió luego, tomando de las manos de su esposa el célebre traje azul, que vistió con cuidado, pasando después al comedor.

Ella se sentó frente a él, sin tocar su desayuno.

—Estoy muy nerviosa, cariño…

—¿Por qué?

—No sé. ¡He pensado tanto tiempo en un momento como éste!

—¿Pues ya ves que ha llegado?

—¡Qué ilusión! Esta mañana me iré hacia Garden West para ir viendo las casas de aquella parte de la ciudad.

Wilson esbozó una sonrisa.

Luego, entre dos bocados, preguntó:

—Estarás bien allí, ¿verdad?

—¡Naturalmente! No puedes imaginarte lo harta que estaba de este barrio, de sus insoportables habitantes, de sus pequeñas miserias que, quieras o no, debes oír durante todo el día.

—Aquello es muy bonito.

—¿Recuerdas cuando fuimos a verlo hace dos años?

—Sí.

—¡Entonces creíamos que tu sueldo de cajero general iba a permitirnos el ansiado cambio! Pero esas casas son terriblemente caras y tuvimos que volver de nuevo aquí.

—Ahora será diferente…

Las pupilas de Nora brillaron de una manera especial. Luego, con prudencia y ansia al mismo tiempo, inquirió:

—¿Qué crees qué te pagarán ahora, Wilson?

El dejó de comer, interrumpiendo, en mitad del camino, la trayectoria del tenedor. Frunció el entrecejo, concentrándose unos instantes ante la difícil pregunta que su esposa acababa de plantearle. Se mordió después los labios, sin osar levantar la mirada del plato.

Y por último, con prudencia, repuso:

—No lo sé con exactitud, querida…, pero unos quince mil créditos.

—¿Tanto?

Había preguntado con miedo y sintió que su corazón, latía con mayor fuerza que de costumbre.

—Sí —repuso él con mayor aplomo—. No puede ser menos. El primer secretario gana, según creo, veintitrés mil.

—¡Qué maravilla! Aunque estoy segura de que no pasará mucho tiempo sin que ocupes tú ese puesto.

—No seas demasiado ambiciosa, querida.

—¡Pues lo soy! ¡Y con razón! Una vez que el señor director ha empezado a Ajarse en ti, ¿crees que va a dejarte en un puesto de tercer secretario?

Wilson sonrió.

También había pensado él en aquella posibilidad, recreándose glotonamente ante la idea de una serie de avances ininterrumpidos.

—Es muy posible… —musitó con prudencia.

Luego, echando una ojeada al reloj, exclamó:

—¡Las ocho menos cinco!

—¿Ya? —se extrañó su esposa, poniéndose en pie.

No había tocado el desayuno, aunque ¿qué podía importar el alimento cuando el corazón estaba henchido de dicha?

—¡Apresúrate, querido!

Le ayudó, quitándole una mota de polvo que se había posado imprudentemente en uno de sus hombros. Luego le besó.

Wilson salió al pasillo, después a la planta, tomando un ascensor que le llevó a la terraza. Había allí muchos empleados, parados ya ante el lugar donde se detendría el helibús, cosa que ocurrió momentos más tarde.

Cómodamente arrellanado en su asiento, Wilson Mac Lean encendió el primer, cigarrillo de la jornada, encontrando un delicioso gusto al tabaco y permitiéndose una mirada de conmiseración hacia sus vecinos de asiento que estaban lejos de suponer que aquel hombre gordito, completamente calvo, iba a verse convertido, aquel día, en un personaje de positiva importancia en el National Bank de Nueva York.

La ciudad, gigantesca y sucia, desfilaba a sus pies, mostrando las atrevidas aristas de los rascacielos antiguos y las nuevas construcciones que dejaban ver sus amplias terrazas repletas de gente y de vehículos aéreos. También a aquella hora de la mañana, el cielo estaba lleno de vehículos, que atravesaban el espacio en todas direcciones.

Casi todos eran democráticos helibuses, repletos de empleados; pero también se veían elegantes y potentes helicoches, de los últimos modelos, pintados con colores vivos, veloces como cohetes, donde los grandes hombres de negocios, los capitanes de empresa, iban cómodamente sentados ante sus interfonos, que ya habían empezado a comunicarles las transacciones y los cambios bursátiles del día.

Un astrocohete, que se dirigía a uno de los planetas habitados, pasaba, muy alto, dejando atrás una estela de llamas, como una

estrella emigrante fabricada por el ingenio del hombre.

Wilson entornó los ojos.

«Algún día —pensó— tú irás en uno de esos elegantes vehículos y tomarás un astrocohete para pasar tus vacaciones, con Nora, en Venus o en Marte, conociendo nuevos mundos y convirtiéndote en un hombre verdaderamente importante…».

Podía permitirse aquellos sueños, ya que tenía la seguridad de que al nacer aquel día, martes, había nacido también un nuevo Wilson Mac Lean, un personaje que iba a empezar a contar en la vida social de la tremenda ciudad, un individuo del que hablarían los periódicos y los locutores de la televisión, en las habituales «Notas de Sociedad».

Lo estaba viendo ya.

«El señor Mac Lean y su distinguida esposa han salido para pasar una temporada en su propiedad de Marte…».

«El conocido hombre de negocios, Mac Lean, ha pasado a formar parte del Consejo Bancario Mundial. Su reconocida experiencia y su manifiesta habilidad bursátil…».

El altavoz del hélibus rompió sus ensueños como si una despiadada aguja hubiese hecho estallar un globo en la mano de un niño.

—¡Primera Avenida!

Había llegado.

Bajaron algunos otros empleados, no muchos, cruzando la amplia terraza para dirigirse hacia los ascensores colectivos.

El hélibus se alejó.

Wilson descendió hasta el sótano número doce, adonde estaban situadas las salas con los potentes cofres, repletos de dinero y de lingotes de oro, así como de valores inestimables y joyas que los clientes del Banco guardaban, para mayor seguridad, en sus entrañas de acero y cemento armado.

Una vez en el sótano, Mac Lean empezó a recorrer el largo pasillo, atravesando la zona de investigación. Máquinas ocultas iban analizando su presencia, abriéndole las puertas por procedimientos de células fotoeléctricas combinadas con «relais» asociados a la placa que Wilson llevaba en la mano y que había sacado, momentos antes, de la caja fuerte donde la dejaba al salir de aquel lugar.

La placa, inducida especialmente, hacía reaccionar el dispositivo

de seguridad, facilitando el paso a la persona que la llevaba. De esta forma, cualquier intento de penetrar en la zona de las cámaras acorazadas hubiera desencadenado todo un sistema de alarma, dejando al presunto ladrón encerrado entre dos gruesas chapas de acero que habrían bajado, por delante y detrás del intruso, en cuanto se hubiera atrevido a empezar a andar por el pasillo.

Mac Lean sonrió.

Estaba orgulloso de aquella formidable defensa de los intereses del Banco. Y ahora, más que nunca, cuando pensaba que iba a convertirse en un personaje importante, sentía la satisfacción de que las cosas marchasen de aquella manera, protegiendo los valores de los hombres que hubieran deseado apoderarse de algo que pertenecía, por derecho, a otros.

No había posibilidad alguna de penetrar allí y Wilson lo sabía, Si él mismo hubiera olvidado su chapa, se encontraría ahora apresado en una especie de cubo de acero, del que tendría que venir a sacarle la policía.

Pero había aún más.

Si alguien hubiera llegado a robar la chapa —imposible de falsificar, ya que su «impresión» electromagnética era tan personal como las huellas dactilares de una persona—, tampoco hubiese podido conseguir sus propósitos, puesto que una serie de mecanismos estaban «midiendo» y «pesando» a Wilson, sin que él se diese cuenta, analizando el color de sus ojos, la densidad de su cuerpo, el peso de sus vísceras y lo que era muchísimo más importante las características humorales de su persona.

Las máquinas «sabían», mejor que nadie, que Wilson Mac Lean era el hombre que en aquellos momentos estaba atravesando el pasillo que conducía a los tesoros del Banco; de haber sido otro, con la misma chapa, que no era en realidad más que una especie de contraseña electrónica, las trampas se hubiesen cerrado, soltando, en la zona donde el intruso había quedado preso, una nube de gases anestésicos que lo hubieran reducido, haciéndole perder el sentido, hasta que la policía llegase para hacerse cargo de él.

¿Ponerse una máscara?

Mac Lean sonrió con desprecio.

El chorro de gases no obraba al penetrar en la boca del sujeto, sino que pasaba a través de los poros de la piel, difundiéndose por

los tejidos hasta llegar a la sangre para desde allí pasar al cerebro.

No, no era humanamente posible.

De ahí que nunca, en los diez años que hacía que se montaron aquellas formidables defensas, se hubiera dado el caso, ni por asomo, de un intento criminal de penetrar en aquel lugar.

Público, accionistas y personal podían dormir tranquilos.

La última puerta se abrió ante él, dejándole pasar a la sala de las cámaras, donde ya le esperaban los empleados de la sección, que se inclinaron servilmente ante él.

—¡Buenos días, señores!

—¡Buenos días, señor Mac Lean!

Estuvo a punto, tentado por el gozo que le brotaba por doquier, de anunciarles su próximo ascenso, pero se contuvo, quitándose el abrigo que uno de los empleados se apresuró a llevar a la percha que personalmente le correspondía.

Ante él había cinco monumentales puertas, cuyo grueso hubiera desesperado a los más atrevidos «revientacajas». Sobre aquellas puertas, unas placas cuadradas, de unos treinta centímetros de lado.

Wilson se acercó a la primera, colocando su mano derecha sobre la superficie de las placas, que eran de una sustancia blanda y maleable como la cera.

Hundió ligeramente la mano, sabiendo que un cerebro electrónico estaba en aquellos momentos «reconociendo» sus huellas dactilares, única forma de poder abrir las cajas.

Y así ocurrió.

Una tras otra, las cinco puertas giraron suavemente sobre sus goznes silenciosos, dejando ver en su interior las colosales fortunas que albergaban.

El trabajo cotidiano podía empezar.

En la misma sala una serie de tubos neumáticos le iban a permitir llevar, a una velocidad vertiginosa, dinero, valores o joyas a las distintas secciones del edificio donde los clientes podían pedirlas, o traer nuevas cantidades a las cajas desdé los departamentos de ingreso.

Wilson fue a sentarse ante su mesa de trabajo, completamente cubierta de teclas, que Iban a hacer que «Stuck», el cerebro mecánico contable del Banco, que él maniobraba desde allí, registrase cuantas operaciones se hicieran en el curso del día.

Pero Mac Lean tenía el cerebro lleno de ideas agradables y hubo de hacer un verdadero esfuerzo para poder concentrarse en su trabajo. Por fortuna, muchos años de hábito habían creado ya en él una especie de reflejos que le permitían trabajar sin dejar de pensar.

¡Y tenía tantas y tantas cosas en que pensar!

Por ejemplo: Nora habría salido ya de casa, después de haberse puesto su vestido más elegante y tomado un helitaxi para ir a visitar la zona maravillosa donde iban a vivir muy pronto.

La veía, con los ojos de la imaginación, recorriendo aquellas avenidas bordeadas de árboles, con hermosas casitas, muy separadas unas de otras, construidas con audaces líneas modernas y dotadas de todo lo que sus habitantes pudieran desear.

Él también estaba deseando poder alejarse de los bloques sucios del barrio donde habían vivido tantos años. Salir de allí, para ir a habitar una de aquellas maravillosas casitas iba a dar a su vida un nuevo sesgo, logrando que empezase, de nuevo a tener confianza en sí mismo y a mirar el porvenir con más tranquilidad.

Los empleados estaban en sus puestos, en las estancias vecinas. E iban y venían, de vez en cuando, para coger de las cajas lo que les pedían o depositar en ellas lo que les habían enviado por el conducto neumático.

Todo iba sobre ruedas.

No era extraño que el director se hubiera fijado en él, puesto que Wilson había demostrado su competencia y seriedad en el puesto de Cajero General, no dando jamás motivo de queja a sus superiores.

Contemplando la enorme sala, no pudo contener una sensación de disgusto al pensar que debía abandonar aquellos lugares para siempre: después de todo, había pasado muchos años allí y acabó por tomar cariño a cuanto le rodeaba. Allí había sido, desde el principio, el jefe indiscutible, la autoridad máxima, sin tener que rendir cuentas a nadie de lo que hacía o pudiese hacer.

Ya se ocupaba el cerebro mecánico contable de todo lo demás.

Una vez se convirtiese en el secretario del director, su tercer secretario, se dijo, con cierta, amargura, todo cambiaría y tendría que estar pendiente de miles de cosas.

Mas ¿qué importaba?

El contacto con la gente le iba a ser difícil, sabiéndole a novedad; pero se iría acostumbrando y convirtiéndose, como decía

Nora, en un hombre normal, de carácter nada huraño, como tenía ahora; en una palabra: en un individuo que ella podría presentar en sociedad, sin el temor a que se durmiese a los postres o se pasara la velada charlando de sus famosas cámaras acorazadas.

Fue entonces cuando el interfono se dejó oír.

Pulsando el botón amarillo, Wilson hizo que la pantalla se iluminase, apareciendo en ella el rostro respetado del director.

La sonrisa que ornaba los labios de aquel hombre valía, para Wilson, su peso en oro.

Se incorporó prestamente.

—¡Hola, Mac Lean! —dijo el hombre de la pantalla.

—¡Buenos días, señor director! —saludó el empleado, con dificultad en la lengua, que se le había trabado a causa de la emoción, a pesar de esperar ansiosamente aquella llamada.

—Puede venir a mi despacho, Mac Lean. Vamos a charlar de lo que usted sabe.

—¡Inmediatamente, señor director! ¡Ahora mismo, señor director!

Pero la pantalla sé había tornado oscurecida ya.

Sintiendo que las piernas le flaqueaban, Wilson Mac Lean se dirigió hacia la salida, Sacando la plaquita de identificación.

La primera puerta se abrió ante él.

CAPÍTULO II



asada una hora, cuando Wilson retornó a los sótanos, su corazón rebosaba de gozo y su espíritu podía permitirse todos los proyectos concebibles.

El director le había tratado de una manera verdaderamente maravillosa y, entre las cosas que le había dicho, todavía resonaba en los oídos de Mac Lean la cifra de veinte mil créditos que le había prometido como sueldo, en vez de los quince mil con los que había contado tímidamente.

¡Veinte mil créditos!

Lo suficiente para dar un giro completo a su existencia, complaciendo en todo los deseos de la señora Mac Lean.

Al penetrar en el departamento de Cajas Acorazadas, Wilson no pudo por menos de contemplar a los empleados, que proseguían su trabajo, con una mirada donde había no poca conmiseración. Ahora, cuando ya se sabía ascendido, sin duda alguna, podía permitirse el experimentar aquella dulce sensación de superioridad

al lado de los otros.

No obstante, no les dijo nada, limitándose a tomar asiento de nuevo ante su mesa de despacho para proseguir una jornada de trabajo que iba a ser la última en aquel recinto subterráneo.

Verdad es que antes de subir al despacho del director había sentido pena por abandonar aquellos lugares —el hombre, como tantas veces se ha dicho, es un animal de costumbres—, pero ahora, sin poderlo evitar, deseaba estar en los pisos altos del colosal edificio del Banco, donde el sol penetraba a raudales por los ventanales, donde las personas distinguidas e importantes se movían por los alfombrados pasillos y los suntuosos despachos, lejos de los sótanos, ignorando casi por completo su existencia.

Wilson lanzó una mirada de rabia a las luces indirectas con las que había trabajado tantos años; respiró, con fastidio, el producto de los purificadores de aire y lanzó una mirada irritada a las paredes en las que no podía verse ventana alguna.

¿Cómo podía haber llegado a pensar que echaría de menos aquella especie de tumba?

Porque, lo quisiese o no, la sala era eso, un sepulcro en el que había vivido, enterrado vivo, una infinidad de días, como un miserable topo al que no se le permitiese salir de allí más que dos veces: a mediodía para ir a la cantina del Banco y a la noche, cuando el sol había desaparecido ya, para dirigirse a su casa, en el desdichado barrio que habitaba.

La jornada transcurrió para él en medio de una excitación creciente. Sabiendo que era la última, le pareció tremendamente larga, inacabable, sobre todo las dos últimas horas, cuando las operaciones empezaron a languidecer, prueba evidente de que la afluencia, de clientes estaba siendo cada vez más escasa allá arriba.

Por último, llegó hasta él la señal tan ardientemente deseada, con la que se le anunciaba que las puertas del Banco habían cerrado. Se puso en pie, disponiéndose a cerrar las puertas de las cajas, que otro, poco le importaba quién, abriría al día siguiente.

Y fue entonces cuando la catástrofe se precipitó, como un incontenible alud.

No hizo más que intentar cerrar la primera caja cuando las luces de alarma se encendieron por doquier, sonando las sirenas que prevenían de una anormalidad en el contenido de las cajas. Todos

aquellos mecanismos de alarma habían sido puestos en marcha por el cerebro Contable que, al hacer el balance final, no podía permitir que se cerrasen las cajas sin que su contenido fuera el que había hallado matemáticamente.

Wilson frunció el entrecejo, volviéndose hacia sus empleados que le miraban con los ojos desmesuradamente dilatados.

—Pero… —Logró articular, después de una penosa pausa—. ¿Qué demonios ocurre?

—No lo sabemos, señor —dijo uno de ellos.

Parpadeaban las luces y seguían sonando las sirenas.

Mac Lean se estremeció.

Se imaginaba lo que estaba ocurriendo en todo lo ancho y alto del edificio, en sus cientos de despachos y oficinas. Los empleados, tres mil en total, debían mirar, con la misma expresión de asombro, la señal roja en sus lugares de trabajo y oír el aullido lastimero de las sirena sabiendo que la orden era la de no moverse de sus respectivos sitios hasta que la alarma hubiera pasado.

Se iluminó el visófono, sobre el despacho de Wilson, sonando la voz estentórea del director:

—¡¡¡Mac Lean!!!

El hombre corrió hacia la mesa, mostrando al otro un rostro pálido y unas manos temblonas. Por su parte, el director ofrecía una expresión colérica, completamente distinta a la apacible y amable que Wilson había contemplado por la mañana en su despacho.

—¡¡Mac Lean!!

Wilson notó que sus piernas flaqueaban.

—Se… ñor… —balbució.

—¿Qué ha ocurrido?

—No… sé…

—¡Pues véalo en seguida! La anormalidad se ha producido ahí y está localizada en las cajas. ¿No se da cuenta de que nos tiene a todos en vilo?

—¡Voy a ver!

—Conecte el cerebro electrónico con sus cajas y deme inmediatamente la causa de esta alarma.

—Sí, señor…

Mac Lean tuvo que reunir sus pocas fuerzas para llegar hasta los mecanismos ele conexión que iban a hacer posible una respuesta

pronta del cerebro contable.

Realizó las operaciones necesarias.

Durante, unos instantes, muy pocos, no se oyó más que el rumor tenue y apagado de la marcha de los contactos electrónicos; luego, con un chasquido fuerte, la máquina expulsó por una de sus hendiduras una cartulina mecanografiada, de la que Wilson, con un temblor indecible, se apoderó.

El director, que le observaba desde la pantalla, gritó:

—¡Mac Lean! ¡Venga aquí, junto al visófono!

—Sí, señor.

Se acercó con la cartulina en las manos, sin saber qué hacer.

—¡Lea!

—Sí…

Fue entonces cuando, por primera vez, miró a la tarjeta, empezando a leer su contenido con una voz en la que se sentía la angustia que le dominaba:

—«Caja número uno… faltan cien millones de créditos en billetes de a mil… Caja número dos… faltan doscientos kilos de oro en lingotes, de los marcados con CM, de los números 2095 al 3058… Caja número tres… faltan cajitas conteniendo joyas, pertenecientes a la familia Mallison…».

Tuvo que apoyarse en la mesa para no caer cuan largo era.

También se había producido una transformación en el rostro del director, que había palidecido intensamente y que fruncía el entrecejo, sin llegar a comprender lo que había oído, como si se negase rotundamente a dar crédito a lo que Wilson acababa de leerlo.

—¡No es posible! —exclamó.

Y Mac Lean, como un eco:

—No… no puede ser posible.

—¿Se da usted cuenta, Mac Lean?

Fue como si le pinchasen. Aterrado, levantó el rostro, clavando sus ojos tremendamente abiertos en la pantalla.

—¡No puede ser, señor!

La expresión del rostro del otro se había tornado severa. Y durante unos segundos guardó un silencio intenso; luego, fulminando a Wilson con la mirada, gritó:

—¡Que nadie se mueva de ahí! ¡Voy a ocuparme del resto del

personal! Luego bajaré a las cámaras…

Wilson sabía que todos los empleados iban a salir, excepcionalmente, por un pasillo especial, cuyas paredes escondían potentes aparatos de identificación, mecanismos de rayos X, contadores especiales y toda clase de detectores, lo que haría prácticamente imposible que nadie saliese con el menor objeto de los que habían desaparecido de las cámaras.

Pero… ¿qué había ocurrido?

Mac Lean sabía que aquello no podía ser: nadie, absolutamente nadie, había podido penetrar en los sótanos, ni atravesar el pasillo de los detectores, ni menos, aunque hubiera logrado llegar hasta allí, salir con todo lo que el cerebro contable había encontrado a faltar.

¿No sería, sencillamente, una equivocación de la máquina?

Sonrió, con una expresión de indecible tristeza en su rostro.

¿Un error aquel monstruo que era incapaz de conocer la significación de la palabra?

¡Imposible! ¿Entonces?

Se cogió la cabeza entre las manos, sintiendo que algo fundamental acababa de romperse en la armonía que hasta aquel momento había reinado en él. El que la catástrofe se hubiese producido justamente el día en que le habían proporcionado la mayor alegría de su vida, le hundía en una desesperación sin límites.

¿Qué iba a ocurrir ahora con su nuevo puesto?

Suspiró.

Jamás podría el director volver a recordar sus promesas, sobre todo cuando un hombre como Mac Lean iba a tener en su expediente una nota de una negrura tan intensa como la que saldría de un posible robo al Banco.

Los empleados le miraban con simpatía, sin osar, no obstante, romper aquel silencio que parecía proteger las ideas tristes del destrozado Mac Lean.

* * *

Donald Callowan dejó el habano sobre el cenicero, examinando de nuevo la tarjeta que le acababa de entregar su secretaria.

—Charles W. Mogensen —leyó—, director del Banco Internacional de Nueva York.

Frunció el entrecejo, pulsó el interfono y con voz clara dijo:

—Haga pasar al señor Mogensen, señorita.

—Bien.

Tomó nuevamente el habano, que aún no había encendido, haciéndolo con el mechero de mesa que la última promoción de agentes le había ofrecido. Una nube azulada le envolvió por completo.

Fue en aquel momento cuando la puerta se abrió, dejando paso al importante personaje, que penetró, con una sonrisa forzada. —Callowan leyó en seguida la preocupación en aquel rostro—, sentándose tras estrechar la recia mano del jefe de la SIP.

Charles W. Mogensen era un hombre alto, delgado, elegantemente vestido, con un rostro agradable y unos ojos penetrantes y oscuros. Sus sienes blanqueaban ya ligeramente, pero la juventud estaba impresa aún en aquella cara ornada casi siempre con una sonrisa afectuosa.

—Ya comprenderá usted —dijo, sin preámbulos— que si vengo a verle es porque algo grave ha ocurrido en el Banco.

—¿Robo?

—Sí.

Charles hizo un gesto especial, como si aquella palabra le desagradase o la encontrase inadecuada; es decir, imposible desde su punto de vista.

Donald, que se había dado cuenta, objeto:

—No parece usted muy convencido de que se trate de un robo.

—Y no se equivoca usted. Hace tiempo, desde que la National Electronic nos cedió, en exclusiva, la patente de un procedimiento de seguridad para bancos, la palabra robo había desaparecido de nuestro diccionario. Y estábamos seguros de que jamás la oiríamos.

—¿Entonces?

—No lo sé.

Había colocado una cartera sobre la mesa. Y ahora la abrió, sacando unos planos detallados, que extendió sobre el despacho de Callowan, poniéndose en pie para poder señalar todos los puntos que le interesaba conociese el otro.

—Esto —explicó— es un corte de los sótanos del Banco. Como

verá usted, a medida que le vaya aclarando el funcionamiento de todo esto, es prácticamente imposible que nadie pueda penetrar en este recinto.

Y fue detallando una por una las máquinas que controlaban de una manera inexorable, la entrada y salida de empleados, así como el paso de los valores, el dinero y las joyas, por los caminos neumáticos que iban desde las cámaras acorazadas a las distintas oficinas.

Callowan le escuchó con atención.

Luego preguntó:

—¿Cuántos empleados hay en los sótanos?

—Tres, sin contar a Wilson Mac Lean, que es el cajero jefe.

—¿A qué hora entran?

—Los empleados lo hacen a las ocho menos cinco, Wilson suele entrar a eso de las ocho. Pero aquí tiene usted marcadas las horas de salidas y entradas, en el día de hoy, de todos ellos.

—¿Ha sido hoy, entonces?

—Sí. He tomado un helicohete para venir a Washington.

—Comprendo.

Donald echó una ojeada al control de salidas y entradas, que los relojes automáticos marcaban, pasando su información al sistema general de seguridad.

—Aquí veo que Wilson se ausentó a las once y veinticinco, no volviendo hasta las doce y media.

—En efecto. Subió a mi despacho, llamado por mí. Iba a darle un nuevo puesto, en mi secretaría.

—Eso quiere decir que tiene usted confianza en él.

—Desde luego. Wilson es uno de mis mejores empleados; es decir, lo era hasta esta tarde.

—¿Sospecha de él?

Charles miró a Callowan, con la sorpresa y la incredulidad pintadas en el rostro.

—¿En quién quiere que sospeche?

—¿Y los otros empleados?

—Ya ve usted sus horas de salida y entrada. Estuvieron dos horas en la cantina, como tocio el mundo, volviendo después a su trabajo.

—¿Dónde están ahora?

—En la cámara. No he permitido que nadie saliese, pero les he prevenido que serían indemnizados por las molestias o el tiempo que pierdan.

—¿Wilson está también allí?

—¡Indudablemente! Nadie se ha movido de las cámaras.

—Entendido.

Y tras chupar de nuevo el habano, adivinando que no podría fumar otro hasta pasado algún tiempo, Callowan prosiguió:

—Según lo que me ha contado, señor Mogensen, usted sigue convencido de que todo lo desaparecido sigue en las cámaras.

—Ésa es, en afecto, mi opinión.

—¿En qué se basa?

Antes de contestar, Charles se mordió los labios.

—Verá usted, señor Callowan, No puedo imaginar que cantidades tan importantes hayan salido de la cámara, ya que la presencia de un desconocido, o de varios, pues los lingotes no han podido ser transportados por una sola persona, hubiese sido detectada por los mecanismos cuyo funcionamiento acabo de detallarle.

—Entonces, según usted, Wilson se ha apoderado de todas esas cosas, escondiéndolas en los sótanos, con la esperanza de sacarlas…, ¿no es así?

—Algo así.

—Pero, según me dijo antes, Mac Lean iba a abandonar ese trabajo esta misma noche, pasando a la secretaría.

—En efecto.

—Y ¿cómo se imagina usted que Wilson iba a sacar lo que había ocultado?

El otro suspiró.

—No hay manera de hacerlo —confesó, al fin.

—Por otro lado, Wilson sabía que si cogía un solo billete o un lingote de la cámara, la alarma sería dada. ¿No es cierto?

—Sí.

Callowan sonrió.

—Eso deja fuera de dudas a todos sus empleados, amigo mío.

—Entonces… ¿qué ha sucedido?

—Si ha habido robo (y todo parece indicar que el cerebro contable no suele equivocarse), los ladrones no deben ser buscados

entre los empleados de las cámaras.

—¡Nadie puede entrar allí sino ellos!

—Pues tendrá usted que ir haciéndose a la idea de que alguien ha penetrado allí.

—¡Imposible!

La sonrisa de Callowan se acentuó.

—He aquí —dijo— una palabra que debe borrar usted de su diccionario, colocando la de «posible» en primera página. Ya comprendo su extrañeza ante la posibilidad de que alguien haya sido capaz de burlar todas esas inexpugnables defensas, esos controles ocultos en las paredes de ese célebre pasillo. Pero tendremos que empezar a creer que eso haya podido ocurrir…

—¿Quiere usted decir que los mecanismos han fallado?

—No.

—¿Entonces?

—Estamos muy mal acostumbrados, señor Mogensen. Al ir creando máquinas, cada vez más perfectas, creemos que ellas pueden ser mucho mejores que el hombre. Sin embargo, no deberíamos olvidar que las máquinas, todas, han salido de un cerebro humano y que puede haber otro, superior a aquél, capaz de hacer que esos mecanismos de los que nos enorgullecemos se conviertan en meros trastos inútiles…

—¡Pero si el sistema de alarma ha costado una fortuna!

—Eso no importa… Escuche, señor Mogensen: regrese al Banco y deje que salgan sus empleados. Mañana por la mañana iré a Nueva York. Convoque a los técnicos de la International Electronic…: examinaremos las máquinas con más cuidado.

—Como usted quiera.

—Y no se preocupe. Si ha habido robo, la SIP hará lo posible por encontrar a los ladrones y recuperar lo que se han llevado.

—Eso espero…

Charles se puso en pie, al hacerlo Callowan, estrechando la mano del jefe de la Spacial International Police.

Cuando éste se quedó solo, contempló con pena el hermoso trozo de habano que aún le quedaba por fumar. Y diciéndose que bien podía esperar unos minutos más, terminó de fumarlo, pensando en todo cuanto había oído.

Luego, cuando dejó la colilla sobre el cenicero, pulsó el botón de

su interfono.

—¿Diga?

—Llame a Hopp, señorita. Que venga a mi despacho.

—Bien.

—Un momento…, ¿ha regresado Cummings?

—Creo que no, señor Callowan.

—Cuando vuelva, que pase por mi despacho sin falta, Le estaremos esperando.

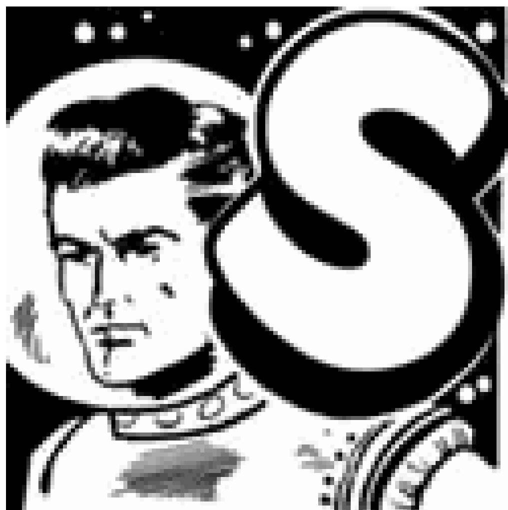
—Bien, señor.

Callowan apagó el interfono, guardando después la caja de habanos en el cajón lateral de su mesa.

Sonrió.

Para muchos podía ser una extraña manía aquella de no fumar hasta resolver un caso; pero Donald era un hombre al que gustaba medir la intensidad de la voluntad, sabiendo, perfectamente, que ésta es el módulo que retrata, mejor que cualquier otra cosa, la manera de ser de un hombre.

CAPÍTULO III



i había dos personas distintas, eran éstas las de Archie Hopp y Peter Cummings, ambos agentes de la SIP que en aquellos momentos fumaban en silencio, en uno de los salones del piso primero del Banco Internacional de Nueva York, donde habían llegado, muy de mañana, acompañados por el jefe de la Organización, Donald Callowan.

Archie Hopp era alto, fuerte, de pelo intensamente negro, como sus ojos, de piel oscura, bronceada hasta tal punto que hubiera podido pasar por un latino.

Cummings, por el contrario, era más bien bajo, ancho de espaldas, rubio de cabellos, con ojos azules y piel clara, ligeramente sonrosada, como la de un bebé sano, de esos que hacen las delicias de las hojas de propaganda de los laboratorios farmacéuticos para anunciar una determinada clase de talco o unas pastillas vitaminadas.

Procedentes de la misma promoción, habían trabajado juntos en

bastantes ocasiones, creándose entre ellos una identidad de pensamientos, ideas y procedimientos hasta convertirlos en uno de esos famosos equipos que tanta eficacia daba a las gestiones difíciles que se encomendaban a la SIP.

Hopp aplastó su cigarrillo en el cenicero.

Y mirando a su compañero, dijo:

—¿No crees que tardan mucho, Peter? Llevamos casi dos horas aquí.

—Es natural —repuso el otro—. Esos técnicos, además de ser pesados como el plomo, querrán demostrar, cueste lo que cueste, que sus máquinas no se han equivocado.

—Cosa que yo creo, a pie juntillas.

—No estés tan seguro. Ya sabes que han registrado los sótanos sin encontrar absolutamente nada. Eso quiere decir que ha existido robo, aunque el director se niegue a concebir tal cosa…

—¿Y eso qué significa?

—¿Qué diablos quieres decir?

—Que el que hayan robado no quiere decir que las máquinas fallen.

—No lo entiendo.

—Escucha, cabezota: ¿y si alguien hubiese ideado la manera de pasar por ese célebre pasillo sin despertar sospechas en los mecanismos detectores?

—¡Qué va… ni soñarlo! Anoche, nos explicó el jefe el funcionamiento de las máquinas y te pudiste dar cuenta de que ni una mosca pasaría sin que ellas no lo detectasen. Te digo y te repito que ha habido un fallo.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé, aunque tengo ciertas ideas.

—¡Ábrete, Sésamo, y explícate!

—Yo creo que ha habido alguien que ha modificado el funcionamiento de esas máquinas, haciendo posible el penetrar en los sótanos sin desencadenar la alarma.

—Eso quiere decir que ha tenido que ser alguien del Banco.

—¡Qué listo eres!

—¿No es verdad?

—¡Naturalmente! Ese alguien lo preparó todo para que sus cómplices pudiesen entrar a robar.

Iba a contestar el otro cuando la puerta se abrió, dejando pasar a Donald, que venía solo y que se dejó caer en uno de los sillones con un gesto de cansancio.

—¡Uf! —exclamó—. Tengo la cabeza llena de cosas raras. Esos técnicos son capaces de hacer dormir al más valiente. ¡Qué pesadez, Señor!

—¿Han encontrado el fallo?

Callowan miró a Peter.

—¿Qué fallo?

—El que tiene que haber en el dispositivo. Yo creo que fue provocado por alguien del Banco.

—No. No hay fallo alguno.

—¿Eh?

—Lo que oyes, Cummings. Las máquinas funcionan a la perfección y han salido airosas de cuantas pruebas les hemos hecho. Yo mismo he intentado entrar, siguiendo a uno de los empleados, pegado a sus talones.

—¿Y qué?

—Me he encontrado encerrado, junto al empleado, en una especie de caja de acero de la que no hubiese podido salir a no ser porque los técnicos me liberaron; es decir, nos liberaron.

—¿Entonces?

—El problema es serio, muchachos. No hay explicación posible…, al menos por el momento.

Hizo una pausa; luego sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y continuó:

—Además de Wilson Mac Lean, los tres empleados que trabajan en los sótanos son: Edward Merret, Alfred Davis y John Parsons. Estos tres hombres entraron juntos ayer mañana, a las ocho. Cada uno llevaba su correspondiente placa de identidad, lo que les permitió penetrar hasta la sala de cofres.

»Ya sabéis, por lo que os expliqué anoche, que a lo largo del pasillo de entrada hay una serie de mecanismos que no sólo se limitan a captar los grabados magnéticos de las placas de identificación, sino que analizan, en cierto modo y merced a procedimientos instantáneos, la personalidad de cada empleado, comparándola con el módulo que dejaron ellos antes de pertenecer a la sección de cofres.

»Ni el mismo director puede penetrar en el sótano. Y para hacerlo, ayer, tuvo que llamar a los técnicos de la International Electronic para que éstos suspendiesen la actividad de las máquinas, de modo a permitir el paso al director hasta donde esperaban Wilson y los otros.

»Todo esto nos demuestra que nadie ha podido penetrar allí. Por otra parte, la salida y entrada de dinero y valores se hace por los tubos neumáticos, que analizan las entradas y salidas de una manera tan minuciosa como exacta. No podemos contar, pues, con ese camino, como una explicación a lo ocurrido.

»Sin embargo, una cantidad importante de dinero, joyas y lingotes, ha desaparecido. ¡Lástima que no podamos precisar la hora de esa desaparición!

—¿No ha registrado eso la máquina?

—No. El cerebro contable realiza el balance del día cuando la jornada ha terminado, y, en realidad, normalmente, no hace falta alguna que lo haga antes. Es el momento justo en que Wilson cierra las cajas, sirviéndose de sus huellas dactilares, cuando el cerebro, que ha hecho el balance, sabiendo lo que ha de quedar en cada uno de los cofres, permite que sus puertas se cierren.

»Este estúpido detalle nos impide saber cuándo se realizó el robo, cosa que nos hubiese facilitado bastante nuestra labor.

—¿Y qué piensa usted hacer? —inquirió Hopp.

—De momento nos encontramos rodeados de espesas tinieblas. No hay nada que nos facilite una dirección, un camino que tomar. Es por lo que, después de analizar lo poco que sabemos, no hay más que una cosa a hacer.

—¿Cuál?

—Investigar las vidas de los hombres que trabajan en esa sección. He conseguido que el director les permita seguir trabajando, incluso a Wilson, dejando su ascenso para dentro de unos días, cuando podamos permitir que salga de las cámaras, una vez demostrada su inocencia.

—¿Le cree usted inocente hasta ese punto?

—De todos ellos —repuso Callowan—, es el único que no tenía motivos para provocar una alarma.

Estaba a punto de abandonar su puesto de cajero jefe, ascendiendo en el escalafón y llegando a un sitio brillante, que le

hubiera permitido vivir mucho mejor que hasta ahora. Lo que ha ocurrido no dejará de perjudicarle, al menos por el momento, ya que retrasa su nombramiento de secretario hasta que se hayan aclarado las cosas.

»Esto es lo que me hace pensar que es inocente.

Hubo un nuevo silencio.

Luego Peter preguntó:

—¿Y los otros, señor?

—¿Los otros? Cualquiera de ellos podía haberse puesto de acuerdo con alguien para llevar a cabo el robo, aunque no acierto a explicarme cómo lo han llevado a cabo.

—Tendremos entonces —sugirió Hopp— que vigilar a esos tipos.

—Sí. Empezaremos por dos de ellos, los que sean… es igual, después de todo. Cada uno de vosotros se dedicará a investigar, su vida, lo que hace, cómo vive, dónde va, con quién se ve… Yo regreso a la Central donde enviaréis vuestros informes, a medida que vayáis sabiendo algo. Todos los detalles de esos hombres están en este papel, con sus domicilios, aclarándoos que los tres, como Wilson, viven en el mismo barrio.

Archie, que examinaba el papel que Callowan le había tendido, dijo:

—Me encargaré del primero de la lista —y leyendo—: Edward Merret, treinta y cinco años, soltero, East Street 20.º5, trabaja en el Banco desde hace diez años, gana actualmente dos mil doscientos créditos. Tiene una suma de once mil en su cuenta personal. De éste me encargo yo… Los prefiero ahorrativos.

Los tres hombres sonrieron.

Callowan se puso en pie y observó:

—Una vez hayáis terminado con esos dos, cosa que creo será pronto, os dedicaréis a John Parsons y Wilson Mac Lean.

—¿Cree usted que uno de los cuatro es el culpable?

—Directamente no. Pero ¿qué quieres que hagamos por el momento, Peter?

—Tiene usted razón.

—No hay que olvidar que los ladrones, sin importarnos ahora su forma de operar, debían de poseer ciertas informaciones sobre los sótanos del Banco. Y cómo sólo esos cuatro hombres podían penetrar en ellos, ha de ser uno el que les haya facilitado

forzosamente.

Les sonrió amistosamente.

—¡Buena suerte, muchachos!

—Gracias, señor.

—Voy a salir solo. Nadie os ha visto entrar aquí y tampoco conviene que os hagáis ver demasiado. Los del sótano pueden tener amigos en los otros departamentos y sería fastidioso que se diesen cuenta de que estáis tras ellos. Hasta la vista.

—Adiós.

Dejando unos minutos de tiempo, los dos agentes salieron a su vez, abandonando el Banco por una salida lateral. Cuando estuvieron en la calle, Peter consultó su reloj de pulsera.

—¿Sabes, amigo, que esos pájaros no salen hasta las siete de la tarde?

—Lo sé.

—Como tenemos mucho tiempo disponible, creo que lo mejor que podríamos hacer sería echar una ojeada a las respectivas habitaciones de esos dos pájaros.

—Me parece muy bien.

—También creo que, por el momento y hasta la noche, no hace falta que nos separemos. ¿Quieres que vayamos juntos?

—¡Encantado!

Y cuando ya estaban en el coche que la SIP había puesto a su disposición y que no llevaba distintivo ni marca alguna, pudiendo pasar completamente inadvertido, Peter preguntó:

—¿Por quién empezamos?

—Por el tuyo. Es soltero y no ahorra.

—¿Y eso qué quiere decir, «Sócrates»?

—Que es el más sospechoso de los dos.

Hopp lanzó una carcajada, haciendo que su amigo le mirase severamente.

—¿He dicho algún chiste? —inquirió.

Y Archie, poniendo el coche en marcha, replicó:

—Si…, pero era muy malo.

Y arrancó de golpe, impidiendo que el otro soltase la barbaridad que tenía a flor de labios.

* * *

Edward Merret vivía en un extremo de uno de aquellos edificios feos, tipo colmena, que tanto desagradaban a la señora Mac Lean. Había que subir, en un ascensor lentísimo y reumático, hasta el piso treinta y tres, siguiendo después un interminable pasillo hasta alcanzar, a través de un puente barroco tendido sobre un patio, el ala de la casa, región exclusivamente destinada a los que vivían solos.

Para los dos agentes, abrir la puerta del apartamento de Merret fue una verdadera broma. Hopp, que fue quien lo hizo, no tuvo más que sacar una especie de linterna, aplicando el cristal a la cerradura.

Aquel aparato, que sólo conocían los miembros de la SIP y que había sido uno de los logros de la Sección Técnica del Servicio, era, en realidad, un magneto-selector que creaba un campo de atracción, reproduciendo en el interior de la cerradura las líneas de fuerza que hubiera producido la llave.

La puerta se abrió sin ruido.

El departamento de Merret era, como todos los de aquella parte de la casa, reducido, siendo el resultado de unos cálculos demasiado tacaños por parte de los arquitectos. Un «*hall*» diminuto, un estrecho pasillo, que desembocaba en el «*living*», con una cocina microscópica al lado y, al fondo, un dormitorio de las mismas reducidas dimensiones que el resto. El cuarto de aseo no tenía más que una ducha donde debía plantearse el problema del movimiento de una manera tan aguda como cómica.

Correspondiendo a la mentalidad de su ocupante, el cuarto estaba sucio, abandonado y había ropa, botellas y periódicos por todas partes. Una pantalla, de las de tipo colectivo de televisión, pendía de una pared, junto a dos cuadros, de pésimo gusto[1].

Habituados a llevar a cabo registros de todas clases[2], los dos agentes se distribuyeron el trabajo, obrando con velocidad y limpieza.

Hopp se encargó del dormitorio y cuarto de aseo, empezando Peter a trabajar en el «*living*».

El abandono en la casa era patente en cualquier detalle. Y Archie se dio cuenta de que Merret no debía permanecer muy a menudo en casa, prefiriendo salir, con toda seguridad, en cuanto regresaba del trabajo y se cambiaba apresuradamente de ropa.

Por otra parte, también se dio cuenta de la verdad que encerraban aquellas célebres palabras: «enséñame dónde vives y te diré quién eres». Nada más fácil que descubrir el carácter de una persona visitando su domicilio. Y en el caso de Edward Merret, la desorganización reinaba por doquier, no encajando, en modo alguno, con la personalidad de un cajero, cuya minuciosidad suele reflejarse, invariablemente, en su vida privada.

Estaba registrando el lecho cuando Peter, desde la vecina habitación, lanzó una exclamación:

—¡Diablos!

—¿Ocurre algo? —inquirió Hopp.

—¡Ven y lo verás!

Archie abandonó la alcoba y pasó a la sala de estar.

Allí estaba su amigo, con una sonrisa de triunfo en los labios… y algo alargado y dorado en la mano.

—¡Fíjate qué hermoso lingote, amiguito!

Lo tendió al otro, que lo examinó con cuidado, sopesándolo y acercándoselo después al rostro hasta leer los números inscritos sobre el metal.

—Es de la serie Que falta en el Banco.

—¡Desde luego! ¿No te decía yo que este solterito desorganizado me había llamado la atención desde el principio? ¿Y ahora podías decirme a qué venía aquella risita de antes?

—Es que habías olvidado que nosotros también somos solteros. ¿Te parece poco malo el chiste?

—¡Es para matarte! —rió.

Pero la seriedad volvió repentinamente a su rostro.

—¿Sabes dónde he encontrado esto?

—¿Dónde?

—En aquel rincón, entre un montón de revistas viejas.

—Ese Merret es más listo de lo que creíamos.

—Desde luego. Debió de dejarlo allí anoche, cuando salió del Banco y le entregaron su parte.

—¡Lástima no haberle seguido entonces!

—No importa. Dejaremos el lingote aquí y no perderemos de vista a ese tipo; es decir, no le perderás tú.

—Bien. ¿Y si fuésemos a ver a tu viudito? Porque no sólo los solteros son sospechosos.

—Vamos.

CAPÍTULO IV



dward Merret abandonó el Banco a las ocho menos cuarto. Con la gabardina sobre los hombros, saltó a la calle, observando con alegría que la pertinaz llovizna del día había terminado por ceder y que la bruma del Hudson estaba huyendo, empujada por el viento que venía del oeste.

Sonrió complacido.

No obstante, como pudo observar Hopp, su expresión cambió nada más cruzar la calle, cuando se dirigió a un bar, en el que penetró, seguido inmediatamente por el agente.

Con el ceño fruncido y un brillo mate en las pupilas, Edward fue hacia la barra, haciéndose servir un «*whisky*». Sus miradas iban con insistencia hacia la cabina telefónica, como si luchase interiormente con alguna dificultad que el agente de la SIP no podía adivinar aún.

Finalmente, después de pagar su bebida, se decidió, penetrando en una de las cabinas.

Inmediatamente, antes de que alguien se le adelantase, Archie le imitó, entrando en la de al lado y poniéndose de espaldas al exterior, de forma a que nadie pudiera ver lo que hacía.

Había descolgado el micro teléfono y lo sujetaba con la barbilla y el pecho mientras sus manos sacaban un curioso aparato, muy parecido a un fonendoscopio de los que utilizan los médicos para auscultar a sus pacientes.

Colocando la campánula del aparato sobre el tabique de madera que separaba su cabina de la que ocupaba Merret, el agente se puso en el interior del oído la terminación del tubo de goma, impulsando la palanquita de la caja del aparato, que había colgado de su cintura, para que funcionase el acumulador que iba a permitir que el amplificador se pusiera en marcha.

Instantes después, la voz de Edward llegaba hasta él:

«—¿Eres tú, Miriam?».

El teléfono, de viejo modelo, daba un tono chillón a la voz del comunicante. Así le fue posible a Archie oír la contestación de la mujer:

«—Sí, soy yo».

«—¿Salimos esta noche?» —inquirió el hombre, impaciente.

Hubo una pausa; luego la voz de mujer preguntó:

«—¿Dónde me vas a llevar?

»—Donde quieras».

«—Ya sabes que estoy más que harta de andar por sitios infectos. Nunca me has sacado del barrio…».

«—No soy rico, Miriam…».

«—¿Y eso qué puede importarme? ¿Es que no te gusto lo suficiente para que hagas un esfuerzo?».

«—Sabes muy bien que estoy dispuesto a lo que sea».

«—¡Eso es, precisamente, lo que tienes que demostrarme!».

«—Pero…».

«—Hace ya una semana que salgo contigo. Y, desde el primer momento, te he advertido que no quiero frecuentar esos bares de ínfima categoría. Soy lo suficientemente hermosa para poder llamar la atención de hombres capaces de darme cuanto deseo…».

«—¡No hagas nunca eso, Miriam…!».

«—¿Quién me lo impediría? ¿Tú?».

«—¡Seria capaz de cometer cualquier disparate!».

«—¡No digas tonterías, Ed! Si tienes ganas de hacer disparates, hazlos, al menos, positivos…, de los que pueden seguir manteniéndonos juntos. Me gustas mucho, ésa es la verdad…, pero ya me conoces y sabes de memoria lo que tienes que hacer para tenerme a tu lado. ¡No quiero seguir siendo una pobretona de East Street! ¡Le tengo asco a este barrio y a todos los que viven en él! Tú eres un hombre inteligente, decidido y ya sabrás cómo has de arreglártelas para conseguir lo que necesitamos… Así que ya lo sabes: si vienes a buscarme esta noche, ha de ser con la condición de llevarme a un sitio elegante. De lo contrario…».

«—De lo contrario ¿qué…?».

«—Será mejor, entonces, que te vayas a la camita a soñar con el dinero que cuentas para los otros. ¡Adiós!».

Había colgado.

Pasaron unos segundos antes de que Edward colgase, a su vez, con fuerza, golpeando brutalmente la horquilla.

Desconectando su aparato, que le había permitido enterarse de todo, Archie se lo guardó precipitadamente en el bolsillo y abandonó la cabina con el tiempo justo de ver cómo el otro, a grandes zancadas, se dirigía hacia la salida.

Apretó el paso.

Una vez fuera, siguió a Merret, que se dirigía visiblemente a una de las estaciones aéreas de helibuses. Montó en el mismo vehículo que él, abandonándolo en el terrado de la casa que habitaba el empleado de Banco.

No lo siguió, seguro de que terminaría saliendo por el mismo sitio.

Se quedó en la terraza y reflexionó sobre todo lo que sabía y había oído hasta aquel momento, diciéndose que la situación era muchísimo menos clara de lo que podía pensarse.

Porque había dos posibilidades: o bien Merret ignoraba la presencia del oro en su casa, lo que justificaba su rabia al no poder dar a aquella mujer lo que ella deseaba…, o bien no quería que ella supiese lo del oro, prefiriendo pasar por un pobretón antes de deshacerse del lingote.

Claro que sí conocía la existencia del oro, también podía ser lógico que estuviese furioso por no poder convertirlo en dinero, lo que le permitiría salir con Miriam y llevarla a los lujosos lugares

que ella exigía.

«Si mi razonamiento es lógico. —Se dijo el agente—. Edward va a sacar el lingote, demostrando que sabía que estaba allí, llevándolo a alguna parte para venderlo y convenciéndome así de su culpabilidad en el robo del Banco».

Tuvo que esperar bastante.

Cuando Merret apareció de nuevo, saliendo de uno de los ascensores que desembocaban en la terraza, Hopp observó que había cambiado bastante su expresión.

Incluso parecía un nuevo hombre.

Se había puesto un traje elegante. —Archie sabía que era el único decente que poseía—. Cuidadosamente rasurado y peinado, con una sonrisa de triunfo en los labios, no se detuvo ante la parada de los helibuses, sino que siguió hasta la torreta de avisos para vehículos particulares y llamó a un helitaxi.

Hopp tuvo que jugarse el todo por el todo y acercarse a la misma torre para llamar a otro vehículo.

Pero Edward, cuya felicidad asomaba por todos los poros de su cuerpo, no le dedicó la menor atención.

Llegaron los vehículos al mismo tiempo, y Hopp tuvo que esperar a que el otro se pusiera en marcha pava indicar al conductor del suyo que se limitase a seguir al de Edward, sin llamar demasiado la atención.

Por suerte, la circulación aérea en aquellas horas en punta, era lo suficientemente intensa para que Merret no pudiera darse cuenta de que le estaban siguiendo. Por otra parte, el agente de la SIP estaba seguro de que la emoción y alegría que experimentaba Edward le alejaban por completo de la realidad, confinando sus ideas en la deliciosa zona de los proyectos amorosos que tuviera con la joven Miriam.

«Ahora —se dijo Archie— sé, por lo menos, que Merret conocía la existencia del lingote y que su mal humor de antes era el que todo hombre normal experimenta al saber que la mujer que le ama no está realmente atraída más que por el dinero que su amistad puede procurarle…».

El helitaxi de Edward se detuvo, poco después, en una de las zonas de los bajos fondos de la ciudad, justamente en el lugar donde el agente pensaba que irían.

Edward bajó del vehículo aéreo. Archie le imitó acto seguido.

Una vez en el suelo. —Hopp bajó las escaleras de la torre de aterrizaje de cuatro en cuatro—, el agente siguió al otro, que acababa de adentrarse por una calleja medianamente iluminada, deteniéndose, por último, ante una casa, junto a la que se detuvo Archie poco después, pudiendo entonces leer el letrero que había sobre la puerta:

LEVY IRONOSKI
Compra-Venta

No cabía la menor duda.

Sin preocuparse más, Hopp se alejó lo suficiente para no ser sorprendido por Merret, que, quince minutos más tarde, salía de la tienda, guardándose el dinero que acababa de recibir a cambio del lingote.

Seguro que el tal Levy había hecho un buen negocio.

Oculto en la esquina, Hopp esperó a que Edward pasase por el otro lado, prosiguiendo su persecución, En realidad, ningún motivo le detenía ahora para lanzarse a la acción. Y tal seguridad fue la que le impelió a avanzar decididamente hacia el otro, dispuesto a detenerle, puesto que ya poseía las pruebas necesarias para demostrar su complicidad en el robo del Banco.

Una vez detenido Merret, el resto sería fácil, ya que no parecía un hombre que resistiese unos de los interrogatorios psicológicos que con tanta pericia realizaba el doctor Sullivan, la eminencia gris de la SIP e íntimo amigo de Donald Callowan.

Decidido a detener al hombre, Archie se llevó la mano al interior de su americana, acariciando la culata de la Luger especial que llevaban los hombres de la Spacial International Police. En aquella arma, además del mecanismo corriente para las balas normales, había otro, conectado con un cargador especial, que era capaz de lanzar balas ele efectos anestésicos, con lo que los agentes podían inutilizar a sus adversarios sin peligro de herirlos.

Echó una ojeada prudente a su alrededor, percatándose de que la calleja estaba completamente desierta.

Podía obrar, pues, con entera libertad, sin llamar la atención.

Apretó el paso.

Un poco más y ya estaba junto a Edward. De todos modos, no sacó la pistola, pues estaba completamente seguro de que no habría dificultad alguna para hacerse con el empleado de Banca.

E iba, a hacerlo cuando ocurrió algo extraño.

Mientras una mano, surgida de Dios sabía dónde, le apresaba por el cuello, inmovilizándole más por la sorpresa que por la fuerza, oyó un alarido de dolor, instantes antes de que algo cayese sobre su cabeza, con tal fuerza, que se hundió en la nada antes de poder realizar lo que quería.

Pareció que se hundiese en un pozo sin fondo…

* * *

Después de comprobar que no había nada sospechoso en la casa de Alfred Davis, Peter Cummings se dijo que había llegado la ocasión de comprobar la realidad de Wilson Mac Lean.

Pensaba que su compañero, tras resolver el asunto «Merret», se ocuparía de John Parsons, el único casado, sin hijos, de los cuatro hombres, además de Wilson, el cajero jefe.

Las investigaciones previas —unas cuantas preguntas a las vecinas del cajero— le demostraron que la familia Mac Lean estaba dispuesta a cambiar de residencia y que la señora Mac Lean había dicho muchas cosas sobre su nuevo domicilio.

También se enteró el agente de que la esposa de Wilson había visitado las elegantes construcciones del West, con la idea segura de ir escogiendo su nuevo hogar.

Aquello le dio una idea.

Sin dudar más se presentó en la casa de los Mac Lean, inclinándose cortésmente ante la esposa de Wilson.

—¿No está su esposo? —inquirió, con una sonrisa meliflua.

—No —repuso ella—. Mi marido está en el Banco.

—¡Cuánto lo siento!

La mujer frunció el entrecejo.

Wilson no le había dicho nada respecto al robo del día anterior. Le había dicho que el director esperaba unos días antes de otorgarle el nuevo nombramiento, pues tenía que imponer de su cometido al funcionario que había de sustituirle.

—¿Desea usted verlo para algo importante? —inquirió, incapaz de resistir la curiosidad que la invadía.

—Sí, señora…

—¿Puedo saber para qué?

—¡Naturalmente!

Hizo un gesto simpático, como si desease demostrar a la mujer su buena fe. Y agregó:

—Verá…, en realidad deseaba que la sorpresa fuera para usted. Todos los maridos quieren que sea así y francamente, me hubiera gustado encontrar aquí a su esposo; pero, por otra parte, comprendo que no debo, en modo alguno, dejar que usted experimente la alegría que, sin duda alguna, voy a darle.

La mujer estaba sobre ascuas, muy sonriente:

—¡Pero pase usted, señor! ¡Qué torpe soy, Dios; mío! Siéntese aquí… ¿Está usted cómodo? ¿Desea beber algo?

Peter se dio cuenta de que había empleado el «tónico» de mejor resultado.

—No —repuso—. Muchísimas gracias, señora…

Pero deseo comunicarle que la casa que represento, constructora de todas las mansiones de la «Sun Avenue», ha sabido del ascenso del señor Mac Lean y desea ofrecerles uno de nuestros hoteles particulares.

Los ojos de Nora, se abrieron como platos.

—¡«Sun Avenue»! —exclamó, sin poder refrenar su admiración.

Pero en seguida dijo:

—Es imposible, señor mío. Jamás podríamos pagar algo semejante.

El granuja de Cummings dejó oír su hipócrita risita de conejo, pensando en el puñetazo que le hubiera dado Hopp de haber estado a su lado.

—¿Y quién ha hablado de pagos cuantiosos, señora? Tenemos tres casas y estamos dispuestos a hacer todos los sacrificios posibles e imposibles por que se ocupen. «Sun Avenue» ha sido el logro de mi Compañía y no queremos soportar el mal efecto de que esas tres villas, estén desocupadas. Naturalmente —agregó, conteniendo apenas el gozo maligno que aquello le causaba— deseamos personas serias, de alta moralidad…

Nora se puso encarnada.

—¡De eso puede estar usted seguro!

—Desde luego, señora. Usted sabrá perdonarme, pero mi Compañía ha realizado una investigación previa.

—¿Con qué resultados?

—Magníficos: estaremos orgullosos de que los señores Mac Lean ocupen una de nuestras villas, aunque perdamos dinero en ello.

La palabra dinero puso en guardia a la mujer.

Y después de una pausa, que aprovechó para sacar un pañuelo y retorcerlo nerviosamente entre los dedos, se atrevió a preguntar:

—Y… ¿cuánto nos costaría esa maravilla?

—Cinco mil.

—¿Eh?

Era como si intentasen burlarse de ella, ya que conocía los astronómicos precios de las casas de aquella famosa avenida, la más aristocrática de todo el West.

—¿Es posible…?

—Ya le he dicho que venía a darle una alegría.

—¡Y me la ha dado usted!

—Me alegro de que así sea. Sólo me resta rogarle algo…

—He de hacer dos visitas semejantes a ésta, con objeto de que las tres casas queden ocupadas en breve plazo. He venido en primer lugar a visitarle a usted, señora, porque, francamente, siento mucha simpatía por su esposo.

—Es usted muy amable…

«¡Si tú supieses la verdad! —pensó él—, me echarías escaleras abajo».

Y en voz alta añadió.

—Sería muy interesante, señora Mac Lean que fuera usted la primera en elegir.

—¡Desde luego! ¡Ahora mismo voy a arreglarme!

—Así podrá usted escoger la que más le guste, señora.

—No sabe cuánto se lo agradezco —y más melosa aún—. ¿De veras no desea tomar nada, señor…? ¡Aún no me ha dicho su nombre!

—Me llamo Collins, Gerard Collins, para servirle.

—Muy amable. ¿Nada de beber?

—Nada. Pero se lo agradezco igual… —Se había puesto en pie y saludó respetuosamente—. A sus pies, señora. Espero que hallará lo

que necesita.

—De nuevo, muchas gracias.

—No se merecen. Adiós.

—Adiós, señor Collins.

Peter abandonó la casa, dirigiéndose a la terraza. Allí había un bar donde se metió, con la mirada fija en los ascensores que no dejaban de verter gente en la azotea.

Quince minutos después, Nora Mac Lean, con su mejor vestido, se acercaba a la torre para pedir un helitaxi que, instantes más tarde, se alejaba del edificio.

Sin pensarlo más, Cummings pagó su «*whisky*» y salió del bar. En seguida entró en el edificio para detenerse ante la puerta del piso de los Mac Lean. La «lámpara» obró, como de costumbre, con rapidez, abriendo ante él la puerta de la habitación donde había estado poco antes.

Y empezó el registro.

Lo hizo concienzudamente, pero apresurándose, ya que imaginaba el aspecto de la mujer cuando supiera que se habían reído da ella.

Vestíbulo, salón, dormitorio de los esposos, cuarto de plancha, sala de baños…, habitación por habitación, Peter demostró que sabía lo que hacía.

Poco después encontraba, al fin, lo que buscaba.

Dentro del armario empotrado y en el interior da dos pares de zapatos de Wilson Mac Lean, había cuatro hermosos lingotes de oro del mismo tamaño y peso del que había descubierto su compañero bajo el montón de revistas viejas, en la casa de Edward Merret.

Peter sonrió.

Después de todo, la sarta de mentiras que había colocado a la señora Mac Lean no había sido inútil. Ni muchísimo menos.

CAPÍTULO V



l dolor de cabeza era insoportable.

Luchando con aquella desagradable sensación de impotencia mental, Archie hizo un poderoso esfuerzo, consiguiendo, finalmente, abrir los ojos. Pero volvió a cerrarlos en seguida.

Porque lo que había visto no podía, en modo alguno, ser parte de la realidad del mundo, sino que pertenecía por entero al de la fantasía. Y más aún, al que pudiera complacer en crear un artista, un pintor o un escultor famoso. Un Fidias, por ejemplo…

Lo agradable de la visión que acababa de tener permaneció en su mente, como esos perfumes que quedan flotando en el aire aún mucho después de que haya pasado la beldad que lo llevaba.

De todos modos, y cuando la imagen se difuminó en su mente, Hopp se preguntó si podría repetirla al realizar lo que antes la había producido.

Volvió a abrir los ojos.

Ahora tuvo la dicha de darse cuenta de que la fantasía no tenía papel alguno en todo aquello y que sólo la realidad era la responsable de algo tan sublime como lo que estaba contemplando. Una mujer…

¡Y qué mujer!

Estaba al otro extremo de la habitación, casi de espaldas, mostrando sus hombros desnudos y el resto del cuerpo delimitado estrechamente por un hermoso vestido de noche.

Era rubia y sus cabellos, color miel, le caían sobre la espalda, abandonados pero con una armonía anárquica, que era precisamente lo que los hacía adorables.

Vista de perfil, mostraba su naricilla respingona, la línea de sus labios intensamente rojos, su mentón voluntarioso, la curva espléndida de su pecho y la finura de sus bien moldeadas piernas.

Archie la contempló, conteniendo la respiración, temiendo aún que el menor movimiento pudiera romper el hechizo de aquella fabulosa aparición, que no sabía si situar en la región de los sueños o en la de la realidad.

Pero cuando ella se volvió, mirándole, y que su voz sonó, como la mejor melodía que jamás hubiera él escuchado, se dio cuenta de que aquello no era más que maravillosa realidad.

—¡Gracias a Dios que ha despertado usted!

Y como él no dijese nada, exclamó:

—¡Menudo susto me ha dado!

El la miraba, preguntándose qué podía decir para no romper el encanto. Le importaba un bledo, en aquellos momentos, saber cómo había llegado hasta allí. Lo verdaderamente interesante era «estar», permanecer en aquella habitación, cerca de la muchacha, aunque no fuese más que para contemplarla y oír su acariciadora voz.

Se acercó a él; luego, tomó asiento en la cama, a su lado.

—No sabe cuánto me alegro de que haya vuelto en sí.

—También me alegro yo; de veras.

Ella sonrió, mostrándole una dentadura perfecta.

Cosa que no extrañó al joven, seguro de que la muchacha era un dechado de perfecciones.

Había llegado el momento de acabar con aquella ridícula mudez que la presencia de la joven le había causado.

Y tragando saliva, con visible trabajo, preguntó, por decir algo.

—¿Cómo he llegado aquí?
—Lo trajo mi… novio.
—¡Ah!
Había tan sincero desencanto en aquel «ah», que ella no pudo contener la risa, dejando que él conociese otra faceta más. Porque reía a las mil maravillas, como si se hubiese pasado la vida aprendiendo a hacerlo de aquella manera encantadora.
—¿Se ríe?
—Perdone, pero no pude contenerme. Usted también se hubiera reído al ver la cara que ha puesto al lanzar esa exclamación.
Hopp no hizo ningún comentario, pero hizo una nueva pregunta.
—¿Dónde me encontró su novio?
—En una calleja infecta. También le atacaron a él, pero logró defenderse. Luego acudió en su ayuda.
Una sospecha acababa de aparecer en su mente. Se quedó helado.
Luego continuó:
—¿Cómo se llama su novio?
—Edward Merret.
Tuvo que hacer un esfuerzo para dominar la nueva exclamación que le quemaba los labios.
¡Miriam! ¡Aquella deliciosa criatura era la Miriam del teléfono!
Ahora comprendía el mal humor de Edward, su precipitación por ir a convertir en dinero el lingote que le había correspondido en el reparto.
—¿No le ha ocurrido nada a ese joven?
—No.
Archie preguntó:
—¿Dónde está ahora?
—Salió de compras.
—Comprendo.
Y tras una corta pausa, añadió:
—Me hubiera gustado mucho poder darle las gracias.
—Ya lo hará. No creo que tarde mucho…
Notó que ella le miraba con curiosidad y que incluso había en sus ojos una luz de admiración.
Fue entonces cuando la muchacha se levantó, dirigiéndose a uno de los muebles, uno de cuyos cajones abrió, volviendo junto a él

con la Lüger en la mano.

—Tuve que quitarle esto para poder acostarle. Temí que se hiciese daño con ella.

Le tendió el arma y los dedos de la muchacha le rozaron haciéndole experimentar una sensación indefinible.

Pero ella, sonriente, preguntó:

—¿Eran enemigos los que le atacaron?

—Seguro. Aunque no pude verlos. ¡Hubiera jurado que en aquellos momentos la calle estaba completamente desierta! Excepto —rectificó—…, su novio…

—Iba usted a atracarle, ¿verdad?

Archie se dio cuenta en aquel momento de dónde procedía la admiración con que ella le miraba. Estaba claro que aquella muchacha amaba la violencia, la fuerza, el arrojo, la valentía sin parar mientes de si el procurarse algo entraba o no en la legalidad.

Ella interpretó su silencio de otra manera, creyendo que él no se atrevía a confesar la verdad, temeroso de ser mal interpretado, puesto que la persona a la que había querido robar había resultado luego su salvador.

—No se preocupe. Edward no se ha dado cuenta de nada.

Y frunciendo el ceño prosiguió diciendo:

—No es de los hombres que saben distinguir claramente las cosas. Yo, por el contrario, en cuanto le vi…

Estaba claro que ella le había tomado por un atracador. Y llevarle la contraria, en aquellos momentos, hubiese sido todo menos prudente.

Por eso, sonriendo a su vez, dijo:

—Me alegro de que usted comprenda tan aprisa. ¿Cómo se llama?

—Miriam. ¿Y usted?

—Archie.

—Me gusta ese nombre.

Miriam contestó:

—También me gusta el suyo…

Rieron los dos, sintiendo que aquella amistad que acababa de nacer llevaba los mejores augurios. Por su parte, Hopp estaba en el centro de una encrucijada de ideas opuestas, ya que no podía evitar la sensación especial, repleta de turbación, que la muchacha le

producía.

Toda la dulzura de aquella mujer, su belleza, la armonía de su figura y lo cantarino de su voz contribuían poderosamente a situarle en un punto emotivo del que, por muchos esfuerzos que hacía, no podía escapar.

Era como una súbita fiebre que se hubiese apoderado de él.

—Voy a levantarme —anunció, a la vez que se incorporaba en el lecho.

—¿Está usted ya bien del todo?

—Perfectamente.

Una vez fuera de la cama, ella se acercó a él, mimosa, pasándole la mano por entre los revueltos cabellos.

—Siempre soñé en conocer a un hombre como tú —musitó, con una voz llena de inflexiones turbias.

No le extrañó a Hopp aquella familiaridad brusca, ya que él se hallaba en un estado semejante al que padecía la joven.

Pero, pecando de prudente, objetó:

—¿Y Edward?

Ella se encogió de hombros.

—No me ha importado nunca… Luego iremos a verle, ya que no se ha dignado, como me prometió, a venir a casa. Ahora…

Le había echado los brazos alrededor del cuello y Archie sintió el perfume de ella tan cercano, tan al alcance de sus manos, que no pudo evitar aquella superior atracción.

—Bésame, Archie…

El joven la obedeció con todas sus ansias. La sangre le latía con fuerza en las sienes y se encontró envuelto en una especie de deliciosa neblina, que daba un aspecto nuevo y desconocido a las cosas.

Ella se abandonó, dichosa y apasionada al mismo tiempo.

Huyeron de la mente de Hopp todos los recuerdos y hasta las ideas de la misión que debía cumplir y que la SIP le había encomendado. Y dejándose llevar por aquella pasión que se había desencadenado, de pronto, con una violencia primitiva, apretó a la joven entre sus brazos, olvidando todo lo demás…

* * *

Mucho tiempo después, nunca hubiese podido decir cuánto con exactitud, Hopp surgió de las deliciosas profundidades en las que había caído encontrándose solo.

Fue hacia el centro de la estancia, al tiempo que los recuerdos volvían a él. Hasta allí le llegó el ruido que Miriam estaba haciendo en la cocina. Y, poco después, mientras fumaba plácidamente un cigarrillo, ella apareció, enfundada en una vistosa bata azul, llevando una bandeja sobre la que había una cafetera, dos tazas y unos bocadillos.

—He preparado esto, querido…

—Muy bien hecho. Pero tendré que irme, Miriam.

—Lo sé. Aunque me prometiste venir conmigo.

—¿Adónde?

—A ver a Merret. ¿No lo recuerdas?

—Es cierto.

Comieron, charlando de cosas anodinas, dejándose llevar por una conversación Intrascendente, riendo como niños, divertidos y dichosos de su amor recientemente descubierto.

—¿Y qué haces tú? —inquirió él, creyendo que había llegado el momento de saber algo concreto de la muchacha.

—Trabajo en los Almacenes «Ortho», en la sección de ropa de perlón.

—¿Y no te da miedo tener amigos como yo?

Ella le miró, intensamente, poniendo mucho de la pasión de los recuerdos cercanos en aquella mirada.

—Estoy orgullosa de ti —dijo.

—¿Por qué? Apenas si me conoces.

—No importa. No creas que necesito una vida entera para conocer a una persona, sobra, todo si ésta me interesa tanto como tú. No, no tengo miedo alguno; por el contrario, sé que tú podrás hacerme feliz desde todos los puntos de vista.

—No olvides que estoy fuera de la ley, cariño.

—¿Y eso qué importa?

Hopp trataba de entenderla, aunque tuvo que confesarse que no iba a lograrlo en un momento. El que la muchacha se hubiese unido sentimentalmente a un hombre como Edward Merret no tenía nada de particular; pero el que ahora le aceptase de una manera tan natural, quizá, más que todo, por la calidad criminal que creía

haber descubierto en él, era precisamente lo que no acertaba a comprender.

¿Quién era Miriam Murray? ¿Quién era, realmente?

Su casa estaba muy bien amueblada, quizá mucho mejor que lo que hubiera correspondido a su clase social, aunque también podría ocurrir que hubiera recibido ayuda de alguien. Nada extraño, siendo tan hermosa como era.

Hopp dejó de preocuparse por aquello, diciendo que tenía mucho tiempo delante para saber la verdad. Le fastidiaba tener que confesarse que aquella muchacha había alterado por completo sus planes, aunque se negaba a decirse que se había enamorado de ella.

Más bien, pensó, debe ser una especie de pasión lo que más me ha atraído. No obstante, aquella pasión poseía facetas de una delicadeza que no encajaba, en forma alguna, con las características de una simple y vulgar aventura amorosa.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Se vistió rápidamente, colocando la pistola en su funda. Por suerte, la placa de identificación, de la SIP estaba en un lugar casi completamente imposible de hallar: impresa, en tatuaje invisible, sobre su pecho.

Poco después los dos jóvenes abandonaban la casa, cogidos del brazo, dirigiéndose hacia el domicilio de Edward.

Al poner los pies en la calle, Archie se dio cuenta de que estaba anocheciendo, lo que le hizo comprender que había pasado parte de la madrugada, y la totalidad de un día en la casa de Miriam.

Sonrió.

Era completamente estúpido intentar negar la felicidad que sentía. Al lado de aquella mujer hermosa comprendía vagamente su suerte al haberla encontrado, diciéndose que, lo quisiese o no, era un hombre verdaderamente afortunado.

No había más que mirar a los hombres, cuyos ojos brillaban al paso de la muchacha, para darse cuenta del tesoro de hermosura que llevaba del brazo.

En aquellos momentos, Archie deseaba de todo corazón que Miriam no fuese nada más que una muchacha alocada, ambiciosa como todas ellas y sin una responsabilidad cualquiera, arrastraba por el afán de disfrutar de la vida al lado de un hombre que pudiese

procurarle cuanto ella deseaba.

Al llegar a la casa-colmena donde vivía Merret, ella, antes de penetrar en el portal, tiró del brazo de Hopp. Le miró a los ojos y dijo:

—Quiero decirte, amor mío, que no vengo a interesarme por ese hombre, sino, simplemente, a decirle por las buenas que lo nuestro, entre él y yo, ha terminado para siempre… ¿Estás contento?

—Muchísimo.

—Yo deseo tenerte siempre a mi lado: Sé que eres el hombre que andaba buscando y que me hará feliz. Y no vayas a creer que no puedo ayudarte. Deja que termine con Merret y te demostraré que tu pequeña Miriam está dispuesta a que te abras camino en Nueva York.

—¿Qué quieres decir? —Se inquietó Archie.

Ella llevó su cálida mano a la boca de él.

Luego exigió:

—Silencio, amor mío… Después, cuando salgamos de esta casa en la que nunca más volveré a poner los pies.

Archie asintió:

—Como quieras.

El ascensor les llevó hasta la planta donde estaba situado el apartamento de Edward. Hopp recordó su reciente visita a aquella casa y no pudo por menos de sonreír, al volver a ver, con los ojos de la imaginación, la expresión del rostro de Peter cuando descubrió el lingote debajo del montón de revistas.

Con sorpresa, vio que la muchacha sacaba una llave del bolso. Recordando entonces su «linterna» especial, hundió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta; se tranquilizó en seguida al encontrarla allí.

Era una ventaja que aquel aparato tuviese la apariencia de una linterna vulgar y corriente, evitando así que si alguien la descubría pudiera sospechar su verdadera utilidad.

Miriam abrió la puerta, volviéndose hacia él.

—No creas que el tener la llave signifique lo que piensas, querido…

Y antes de que él pudiera hacer una observación, le besó en los labios, un beso cálido y rápido, añadiendo después:

—Edward me la había dado con la esperanza de que la

utilizase…, pero ésta, te la juro, es la primera vez que vengo aquí.

—Te creo.

Ella cerró la puerta tras sí, una vez que penetraron en el vestíbulo, que Hopp ya conocía. Y Miriam, echando una mirada a su alrededor, exclamó:

—¡Qué desorden, Dios mío!

Archie no hizo comentario alguno.

Y siguiendo a la muchacha, que había empezado a caminar hacia el dormitorio, se dijo que Merret debía de estar ausente, ya que no había salido al oírlos llegar.

Pero cuando vio que Miriam se llevaba las manos a la boca, retrocediendo después con una expresión de terror en los ojos, comprendió que algo había ocurrido.

Se precipitó en el interior de la habitación.

Allí estaba Edward: muerto.

Tenía casi completamente separada la cabeza del tronco, y la sangre, ya coagulada, formaba una mancha negruzca a su alrededor. La expresión de su mirada, tenía los ojos desmesuradamente abiertos, expresaba un terror indecible, prueba fehaciente de que había visto a su asesino y comprendido el horrible fin que le esperaba antes de ser atacado.

CAPÍTULO VI



odía haber ordenado que le trajesen el café al despacho; pero, en realidad, deseaba mover las piernas. Y no sólo aquello, sino escapar a la tensión nerviosa que, desde que había empezado a estudiar el asunto del robo del Banco, se había apoderado de él.

Los informes de los dos agentes que se ocupaban del caso estaban allí, sobre la mesa del despacho de Callowan, junto a toda la información general que poseía, así como los resultados a los que habían llegado los expertos en cuestiones electrónicas al estudiar los posibles fallos que las máquinas detectoras podían haber tenido el día del asalto.

Era como para volverse loco.

Porque, lógicamente, si los aparatos habían funcionado a la perfección, ¿cómo diablos habían desaparecido los billetes, los lingotes y las joyas de las cámaras acorazadas más protegidas del mundo?

Era la eterna pelea entre la técnica de defensa y los procedimientos de los delincuentes, y los que habían logrado aquel éxito eran, Donald estaba completamente seguro, verdaderos ases.

Salió del despacho, dirigiéndose por el largo pasillo hasta uno de los ascensores, que le condujo en pocos segundos a la planta primera, donde estaba situada la flamante cantina.

Al ver al doctor Sullivan, ante una mesita, fumando y tomando una taza de café, Callowan experimentó una gran alegría, ya que era precisamente aquello lo que necesitaba: la compañía de alguien con quien conversar unos momentos, alejándose, en lo posible, del tema que se había convertido en una verdadera obsesión.

Pero Callowan, cuando se sentó junto al doctor —su viejo compañero de la SIP y el único que le tuteaba—, sabía perfectamente que la conversación terminaría por orientarse hacia el asunto que le preocupaba de una manera fatal.

Así ocurrió.

Tras algunas frases sin importancia, y cuando la humeante taza de café estuvo ante Donald, que encendió uno de los cigarrillos del paquete del doctor, recordando lánguidamente la caja de habanos de su despacho:

—¿Cómo han podido penetrar en el Banco?

Pat conocía el asunto, del que ya le había hablado el jefe de la Spacial International Police.

Por eso, dejando el cigarrillo sobre el borde del amplio cenicero, dijo:

—Me lo estoy preguntando desde que me lo contaste todo, Donald.

—¿Y qué?

—Que he repasado todas las posibilidades, sin encontrar una explicación satisfactoria.

—¿Pero no tienes ninguna hipótesis que ofrecerme?

—Ninguna. Como supongo que te ha ocurrido a ti, he pensado que alguien alteró las máquinas detectoras aunque no fuese más que durante unos minutos, los suficientes para que los ladrones hicieran su agosto.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque la totalidad de las máquinas detectoras están

montadas en lo que los técnicos llaman «circuito cerrado a perpetuidad»; es decir, una vez instaladas, ya nadie, ni incluso ellos, pueden modificar la marcha, lo que impide detenerlas en ningún momento.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo!

—Es un verdadero rompecabezas.

—¿Se ha demostrado la existencia de algún cómplice entre los empleados del Banco?

—Ahí está el quid, amigo Sullivan. Cómplices lo eran, por lo menos, Edward Merret, cuyo cadáver ha sido encontrado en su domicilio, y Wilson Mac Lean, que sigue poseyendo cuatro lingotes ocultos en su casa.

—¿Por qué no les has detenido e interrogado?

—Porque sería completamente inútil. Hay algo, amigo mío, que no acierto a entender.

—¿El qué?

—Ciertas facilidades que nos han dado…

—No te entiendo.

—Verás: lo lógico es que nosotros, en cuanto se descubriese el robo, investigásemos las vidas de los cuatro hombres que trabajaban en las cámaras del Banco.

—Es verdad.

—Pues bien, igualmente lógico hubiera sido que no encontrásemos nada en las casas de Merret y Mac Lean. La aparición de los lingotes me hace sospechar algo feo. Como si nos hubieran querido dar una pista falsa.

—Eso quiere decir, entonces, que esos dos hombres son inocentes.

—No puedo calificarlos así, sin ciertas restricciones, aunque no sería raro que lo fueran.

—Entonces, ¿qué significa la muerte de Edward Merret?

—¡Misterio!

—¿No crees que se trate de una medida de seguridad de la banda ante el temor de que la venta del lingote descubriese algo a la policía?

—No lo sé. La verdad es que la muerte de Merret me ha sumido en una confusión mayor que la que tenía. Porque si Edward hubiera sido inocente, como lo he pensado, ¿para qué matarlo?

—¿Y el lingote?

—Podrían haberlo colocado en su habitación.

—¿Igual que en la casa de los Mac Lean?

—Sí.

Pat se pasó la mano por la frente.

Luego dijo:

—¡Endiablado asunto, Callowan! ¿No crees que es uno de los más difíciles que has encontrado en tu vida?

—No hay duda alguna de que es el más absurdo. Fíjate bien que hasta ahora no tenemos nada, sólo hemos conseguido demostrar, y no de una manera clara, la complicidad de dos personas que, por otra parte y como hemos dicho antes, pueden ser completamente inocentes. Pero de los verdaderos culpables, de los que se llevaron lo robado en el Banco…, de ésos, ¡nada!

Pat no hizo comentario alguno.

Y Callowan, después de un corto silencio, continuó:

—Si no se hubiera tratado de máquinas, completamente fuera del alcance de ciertos métodos ultra-sensibles, hubiese creído, como en otros casos que hemos tenido, que se habían empleado procedimientos de hipnotismo colectivo o hasta telepatía. ¡Te juro que, al principio, estuve tentado de llamar a Tavore![3]. Pero no lo hice porque estoy completamente seguro de que no nos hubiese sido de ninguna utilidad.

Hubo una larga pausa; luego, Donald invitó a su amigo.

—¿Vienes a mi despacho un rato, o tienes algo que hacer?

—Nada —repuso el doctor—. Terminé mi trabajo hace más de una hora.

—Vamos, entonces.

Abandonaron la cantina, marchando hacia uno de los ascensores. Durante el corto viaje de ascenso al piso donde estaba el despacho de Donald no cambiaron una sola palabra.

En realidad, estaban preocupados por el asunto y sus mentes se ocupaban en encontrar alguna pequeña luz en las espesas tinieblas que envolvían el robo más fantástico de todos los tiempos.

Penetraron en el despacho.

Pat se dejó caer en uno de los sillones y Donald, contorneando la mesa, iba a ocupar su sitio de costumbre cuando su mirada tropezó con un papel, escrito con lápiz rojo, que estaba seguro de no haber

dejado allí.

Al mismo tiempo notó que la carpeta del robo había desaparecido.

Se quedó helado.

Y sólo cuando se decidió, no sin una especial e intensa angustia, a leer lo que allí había escrito, se percató de que lo imposible dentro de la SIP, se había producido por vez primera.

Donald Callowan, como todos los seres humanos, podía asombrarse; pero, a diferencia de otros muchos, sus reflejos funcionaban a una velocidad vertiginosa, haciendo que las emociones y sorpresas sufridas no durasen, en realidad, más que un tiempo relativamente pequeño.

Mientras leía el contenido de aquel extraño mensaje, su mano izquierda, como si fuera capaz de obrar por sí sola, fue en busca del cuadro de botones que había en aquel lado de la mesa, pulsando uno de ellos, que sus dedos encontraron a ciegas con una enorme facilidad.

Sin embargo, aquélla era, fuera de algunas pruebas, muy pocas, la primera vez que la mano de Callowan oprimía aquel botón en serio.

Un botón rojo, entre otros muchos, pero capaz de dar la alarma general en el complicado sistema de edificios que la SIP ocupaba en aquellos terrenos de Washington, no lejos de las aguas tranquilas del Potomac.

¡El botón de la alarma!

Apenas sonó, en cien lugares distintos al mismo tiempo, cuando una avalancha de agentes siguieron el plan previsto. Automáticamente, las puertas se cerraron y los cables de alta tensión colocaron una barrera infranqueable alrededor de toda la SIP.

Agentes con armas especiales, perros policías y aparatos de detección de todas clases se esparcieron por los terrenos, entre las casas, ocupando sus puestos en pocos segundos y creando una amplísima zona de vigilancia y seguridad, que no podía fallar en modo alguno.

Al ver el gesto que su amigo y jefe había hecho, Pat no pudo evitar un parpadeo de asombro, aunque no se atrevió a romper el pesado silencio que flotaba sobre el despacho.

Fue Donald quien levantó los ojos del papel y clavándolos en los del médico, exclamó:

—¡Inaudito! ¡Pero ni una sola mosca podría salir ahora de aquí!

—¿Qué ha pasado?

Callowan le tendió el papel, sobre cuya blancura destacaban con fuerza los rasgos rojizos de lo escrito:

> *Callowan: de verdad que te apreciamos. Nos damos cuenta de que debes estar padeciendo por encontrar una solución que está fuera del alcance de tu pobre inteligencia y la de los que trabajan contigo. Así que, pensando en tu salud, nos llevamos todas las estupideces que habéis reunido respecto al asunto del Banco. No pierdas el tiempo, amigo: ya vez, por lo que acabamos de hacer, que poseemos poderes superiores a los de la SIP. De la misma, manera que hemos entrado en tu despacho y nos hemos llevado tus papeles, hubiésemos podido matarte. No seas estúpido y vuelve a fumar tus habanos, ya que jamas podrás descubrirnos.*

Pat devolvió el papel a Callowan:

—¡Son muy listos, Donald! ¿No piensas lo mismo?

El jefe de la SIP había fruncido el entrecejo, Nunca le había visto Pat, en los largos años de convivencia con él, aquella expresión feroz.

—¡Han entrado aquí! —rugió—. ¡Han estado en mi despacho y se han llevado los papeles! ¿No te das cuenta, Pat, que, como dice ese papel, podrían haber hecho cualquier otra cosa?

—Sí, es cierto.

—¡Nunca ha recibido la SIP una afrenta como ésta! ¡Te juro que lo pagarán caro, aunque tenga que pasarme la vida entera detrás de ello, aunque fuera la última cosa que hiciese!

—¿Crees que habrán tenido tiempo a escapar?

—No lo sé. Hemos estado cerca de quince minutos en la cantina. Pero, de todos modos, nadie entra en el recinto de la SIP, como sabes, sin un pase especial, que debe entregar en la puerta

principal. Pronto saldremos de dudas.

En efecto, respondiendo al plan «Emergencia», que había desencadenado la señal de alarma, el interfono de Callowan empezó a funcionar, enviándole, desde las distintas secciones, los resultados de las investigaciones que se estaban llevando a cabo.

Y después de la primera información, Donald dijo, satisfecho:

—Nadie ha entrado en el SIP, salvo unos agentes, que tenían permiso y que han sido perfectamente controlados.

—¿Entonces?

—Tampoco han funcionado las señales de alarma de las verjas, cosa que hubiese ocurrido al intentar alguien pasar por ellas.

—No olvides que las máquinas detectoras del Banco no reaccionaron tampoco.

—¡Maldita sea! Están recorriendo todo, palmo a palmo, con toda clase de detectores y no dejarán ni un solo milímetro cuadrado sin mirar…, aunque estoy seguro de que no encontrarán nada.

La idea acababa de estallar como un fogonazo en la mente del doctor, que, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Callowan!

—¿Qué?

—Creo que he encontrado una hipótesis… bastante aceptable.

—¡Habla, por lo que más quieras!

—¿Y si se tratase de hombres invisibles?

Donald frunció el ceño.

—¿Eh? —inquirió, extrañado.

—No hay otra respuesta a cuantas preguntas nos ha planteado este asunto, Donald: sólo unos hombres invisibles han podido entrar aquí, en tu despacho, sin que nadie advirtiese su presencia.

—Pero ¿has pensado que tampoco funcionaron en el Banco las máquinas detectoras?

—Sí. Sé que ése es el principal escollo a mi teoría. Pero, de todos modos y dejando las máquinas aparte, sólo alguien invisible hubiera sido capaz de penetrar en el Banco y aquí.

Callowan se frotó el mentón, en una actitud de recogimiento y trabajo mental intenso.

Luego expuso:

—Hay algo razonable en tu hipótesis, aunque no llega a convencerme del todo. Desde la publicación del libro de Wells, el

siglo pasado, nadie ha llevado a la realidad el poder hacerse invisible. Sabes que es una cosa dificilísima.

—Pero no imposible.

—Eso es cierto. Algunos ensayos hechos en Alemania hace una decena de años demostraron que la invisibilidad completa era imposible de lograr, al menos por el momento. Pero, aún hay algo más…

—¿El qué?

—Imagina que esos bandidos hubieran logrado la más perfecta invisibilidad. ¿Entendido?

—Sí.

—Pues, a pesar de ello, según la opinión que pude sacar de los informes que los técnicos hicieron sobre las máquinas detectoras del Banco, no hubiera sido posible que entrasen en el sótano de las cámaras.

—¿Por qué?

—Porque ciertos aparatos, situados en el célebre pasillo, miden los pesos de todo lo que pasa sobre el suelo…; si alguien, aunque fuese completamente invisible, pasara por allí, se hubiera detectado su presencia y el mecanismo de alarma habría funcionado inmediatamente.

Pat sonrió con un poco de tristeza.

—Eso —dijo— destruye por completo mi hipótesis.

—Desgraciadamente, sí.

Y Callowan, frunciendo el ceño, prosiguió:

—Tanto lo ocurrido en el Banco como lo que acaban de hacer aquí, queda, por el momento, sin explicación. Estamos como al principio, mi querido Pat. Nunca, hasta ahora, me había encontrado con un problema del que supiese tan poco como en éste.

—Es desesperante.

—Sí, pero espero que cometan un error que, por muy pequeño que sea, pienso aprovechar, hasta agotar lo que me ofrezca.

—¿Crees que lo cometerán?

—Casi estoy seguro de ello. Se consideran demasiado fuertes y el haber penetrado en la SIP demuestra que no albergan ningún temor: quieren herirme, ponerme furioso, ridiculizarme ante mí mismo. —Su ceño se frunció intensamente— y es verdad que lo han conseguido, aunque no haya sido más que en cierto modo.

—¡Daría cualquier cosa por saber cómo logran esa invisibilidad tan especial!

—Yo también.

—¿No te parece que es muy raro que a la vez que se hacen invisibles, se hagan también ingrávidos?

—Han debido de conseguir algo nuevo que, por lo que sabemos, les hace poderosos como jamás lo fueron delincuentes de cualquier tiempo. Por ahora pueden hacer lo que quieran, burlándose de nosotros en todos los delitos que cometan. Estamos a su merced y, sí se tratase de criminales natos, podrían habernos matado a todos.

—Es cierto.

Después de un corto silencio, Pat preguntó:

—¿Estaban los nombres de los dos muchachos en los informes que se han llevado?

—No. Archie y Peter han firmado con clave.

—¡Menos mal!

—Si supieran quiénes son, habría ordenado que dejasen el trabajo que están haciendo inmediatamente.

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Un hombre armado con un rifle de balas anestésicas penetró en el despacho de su jefe.

Llevaba un papel de regular tamaño en la mano izquierda.

—¿Qué hay? —inquirió Callowan.

—Acabo de encontrar este papal ahí fuera, señor, al final del pasillo, en los ascensores.

Donald se apoderó del papel, colocándolo sobre la mesa. Estaba escrito con los mismos caracteres que el otro que habían dejado en el despacho. Y también utilizaron ahora el mismo lápiz rojo que la vez anterior.

> *Ya ves, Callowan, que todas las medidas que has tomado no te sirven para nada. Voy a quedarme aquí, a tu lado, para vigilarte y divertirme a tu costa… ¡Ríndete a la evidencia y no seas estúpido! Lo normal es que admitas tu fracaso y que nos dejes tranquilos. La SIP se ha hecho para combatir a los delincuentes de poca monta. Nosotros*

tenemos demasiada categoría para que puedas hacer algo de positivo. ¡Cuidado, Callowan! Es una advertencia de amigos…

CAPÍTULO VII



uando Nora abrió la puerta de la casa, Wilson notó en seguida que algo debía de haber ocurrido. La expresión cerrada del rostro de su esposa le demostró palpablemente que las cosas debían de haberse precipitado demasiado.

¿Quizá se había enterado de que, por el momento, el director no había hecho alusión alguna al nuevo empleo?

Penetró en el salón, dejándose caer, tras haberse quitado el abrigo y el sombrero, sobre uno de los sillones. Estaba cansado.

Había soñado demasiado con algo que ya podía considerar al alcance de su mano. Y cuando la desilusión se produjo, el golpe fue violento. Porque Wilson Mac Lean ya no tenía una edad apropiada para encajar los golpes de la vida con aquella sonrisa que la misma cosa le hubiera producido quince años antes.

Ahora le hubiese agradado encontrar un poco de calor y de comprensión en su casa. Y aunque comprendía que Nora estaba tan

profundamente herida como él, por la decepción que los acontecimientos hablan traído consigo, hubiese querido que ella estuviera más unida a él que nunca, evitándole aquella situación insostenible e insoportable por demás…

Nora había ido a la cocina, volviendo un poco después con una bandeja, sobre la que estaba la tetera y un platito con pastas. Colocó todo, silenciosamente, sobre la mesita que Wilson tenía al lado, dejando que éste empezase a servirse.

Luego, repentinamente, plantándose ante él y con una voz aguda, llena de inflexiones desconcertantes para su esposo, inquirió:

—¿Me crees tan ambiciosa, Wilson?

Sin comprender él levantó los ojos de la taza, clavándolos en el rostro aún atractivo de su mujer. Un cúmulo de recuerdos acudieron a su mente y se sintió más derrotado que nunca al no haber sabido procurar a Nora lo que ésta había deseado durante toda su vida.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, a su vez.

—Te he preguntado si me creías ambiciosa hasta ese punto…

Y como él no dijese nada, ella continuó:

—Verdad que deseaba muchísimas cosas; pero, en el fondo, antes que nada quiero que sigamos siendo felices, como, a pesar de todas las dificultades, lo hemos sido hasta ahora. ¡Claro que me hubiese gustado vivir en otro sitio, poseer una casa cómoda y moderna, relacionarme con gente verdaderamente importante, tener un vehículo hermoso, poder concederme unas vacaciones de verdad, a tu lado, y viajar fuera de la Tierra! Todo eso me hubiera colmado de dicha, pero a condición de no pagar precio alguno por esos caprichos, a condición de haberlos logrado tan normal y naturalmente como otros los han conseguido.

—¿Qué Quieres decir?

—¿Es que no me has entendido aún?

—No.

—Pues —y su voz subió de tono—, puesto que te haces el sordo de este modo, lo mejor es ir directamente al grano: Yo hubiese deseado todo eso, y cuando he dicho que sin pagar precio, es porque jamás se me hubiera ocurrido pensar que tú, Wilson Mac Lean, un hombre íntegro y honrado, te atrevieses, para complacer a tu mujer, a realizar algo semejante.

En el rostro de él se pintó una expresión de indecible

estupefacción.
—Pero… ¿a qué viene todo esto, querida?
Ella torció el gesto.
—¡No, no debes tener miedo en decirme la verdad, puesto que has debido darte cuenta de que ya lo sé todo…!
—Pero…
—¡Has obrado muy mal, Wilson! Me conoces lo suficiente para saber que jamás hubiese aceptado una cosa así. Bien es que, como toda mujer normal, tenga ambición y desee vivir mejor, al lado del hombre al que amo; pero eso no supone que deje que ese hombre se hunda en algo tan horrible como lo que te has atrevido a hacer.
Wilson no pudo más.
Se puso en pie violentamente y se expresó en estos términos:
—¿Te has vuelto loca, Nora? ¡Yo no he hecho nada de lo que deba reprocharme!
La cólera se pintó en el rostro de ella, que salió precipitadamente de la habitación, regresando poco después para colocar, sobre la bandeja, los cuatro lingotes de oro.
Mac Lean miró, con un horror sincero, aquellas barritas que, al dejarlas caer la señora Mac Lean, produjeron un sonido metálico que él ya conocía mejor que nadie por haberlo oído desde hacía muchísimo tiempo, en los sótanos de las cajas blindadas.
Permaneció unos instantes como fascinado por las barras, no pudiendo separar la mirada de ellas, aterrado por su presencia allí, en su casa; luego, mirando a Nora, preguntó:
—¿De dónde has sacado esto?
—¡Y aún me lo preguntas! ¡Lo he sacado de un par de zapatos de tu armario! —sonrió un tanto escépticamente—. Desde luego, no fuiste muy listo para buscar un escondrijo adecuado…
—Pero…, ¿es que crees que yo he traído eso a casa?
—¡No mientas más, Wilson! Te he dicho antes que estoy orgullosa de ti, de tu trabajo, de todos los esfuerzos que has hecho desde que nos casamos por satisfacer mis caprichos. Pero también te he dicho que este precio es demasiado caro y que no puedo permitir que mi marido se convierta en un vulgar ladrón.
—¡¡Nora!!
Los ojos de Wilson lanzaban chispas.
—¡Basta! —rugió, después de unos momentos de silencio—.

¡Basta! No puedo permitir que sigas hablando de esa manera. ¡Es la primera vez que veo estos lingotes… fuera del Banco! Yo no los he traído aquí y jamás…, ¿me oyes?, ¡jamás me hubiera atrevido a hacer una cosa así!

—Entonces…

Mac Lean comprendió las preguntas que se estaba haciendo su mujer porque eran las mismas que él se planteaba en aquellos momentos.

Por eso contestó a ambas:

—No sé cómo han conseguido traer esto aquí, pero está claro que para comprometernos.

Las lágrimas aparecieron en los ojos de la mujer.

—Pero ¿quién ha podido ser, Dios mío? ¿Cómo puede haber gente tan mala?

—Lo ignoro, querida…

Se había acercado a ella, comprendiendo ahora su estado de ánimo cuando llegó a casa y toda la angustia que debía haber pasado hasta entonces.

Ella apoyó su cabeza en el hombro de Wilson, dejando que el llanto corriese libremente por sus mejillas.

—¿No ha venido nadie a vernos, Nora? Tú has estado en casa y puedes saber si la has abandonado algún rato largo…

Nora levantó la cabeza bruscamente:

—¡Ya sé! —exclamó—. Vino un hombre para decirme algo sobre una casa en «Sun Avenue»…, me hizo salir de aquí y ahora me doy cuenta de que fue él quien colocó los lingotes en el armario. Debió de abrir como los ladrones, con alguna ganzúa… ¡Qué estúpida fui al creerle! Pasé por «Sun Avenue» y no había ni una sola palabra de verdad en la fantástica historia que me contó para alejarme de la casa.

Wilson le acarició los cabellos.

—No te preocupes, querida. Voy a entregar esos lingotes, a la policía, diciéndoles la verdad. Luego pasaré por el Banco y hablaré con el director.

La angustia se pintó en las pupilas de ella.

—¿No sospecharán de ti?

—¡Imposible! El acto de ir a entregar los lingotes les demostrará que tengo la conciencia tranquila.

Mora esbozó una pobre sonrisa.

—Tienes razón. ¡Ve, querido! Es mucho mejor Quedarnos en este barrio, seguir viviendo en ésta, casa, que sufrir, como ahora, por conseguir algo que es muy posible nos liarla terriblemente desgraciados.

La besó largamente.

Luego, envolviendo los lingotes en un papel, los puso en la cartera, dispuesto ya para salir. Después del susto que se había llevado estaba contento de poder demostrar su inocencia, cosa que no podría pasar desapercibida al director fiel Banco.

—Hasta luego —dijo el cajero.

Se besaron una vez más.

Una vez en la calle, no hacía falta tomar ningún vehículo aéreo, ya que el Departamento de la Policía estaba cuatro calles más abajó. Wilson se sintió como nuevo, seguro de sí mismo, satisfecho por lo que iba a hacer.

No se dio cuenta, desde luego, que Peter le seguía, interesado por la súbita, aparición del viejo empleado y por la cartera que portaba, que a todas luces hacia patente el peso de su contenido.

Seguido a prudencial distancia por el agente ele la SIP, Mac Lean continuó su camino por la amplia acera, disponiéndose a cruzar cuando estaba ya junto a la esquina donde se encontraba la central policiaca del barrio.

No se dio cuenta de nada.

Tampoco Peter Cummings, el agente de la Spacial International Police, se apercibió de los hechos hasta que desdichadamente era ya demasiado tarde.

Vio, desde luego, el vehículo que había asomado por la calle, en la que debido al intenso tráfico aéreo, circulaban muy pocos coches corrientes. Pero sólo se percató de lo que iba a ocurrir cuando el coche aceleró, justo en el momento en que Wilson: se hallaba en mitad de la calzada y frente a la puerta del edificio policiaco.

Peter sacó la pistola, corriendo como un desesperado.

El horrible; grito de Mac Lean le hizo estremecer.

Y dispuesto a evitar que el conductor asesino se escapase, aumentó la velocidad de su carrera, viendo entonces que el vehículo no enderezaba la dirección y que terminaba por estrellarse contra la pared de la Comisaria, después de subir a la acera, en medio de un

estrépito formidable.

Cuando llegó junto al coche, se dio cuenta de que no había nadie, Absolutamente nadie.

El vehículo estaba completamente vacío y la calle desierta hasta, que los policías acudieron al lugar del suceso.

* * *

Separándose de los brazos de Archie, que la habían tenido largamente aprisionada, Miriam se alejó unos instantes, sonriente, quedándose en pie, a la vez que miraba a Hopp con una sonrisa encantadora, en los labios aún húmedos.

—Prepárate, cariño —le dijo.

—¿Para qué?

—Nos vamos. Esta noche va a ser muy importante para los dos.

—¿De veras?

—Sí. Tú no puedes seguir obrando solo, cariño. Necesitas encuadrarte en un lugar donde puedas ganar dinero a montones… para los dos.

Él se puso en pie.

—¡Lo estoy deseando, Miriam!

—Pues se van a cumplir tus deseos, Archie. Voy a arreglarme en un periquete. Puedes beber lo que quieras.

—Bien.

Cuando la muchacha desapareció, Hopp volvió a sentarse en el borde del amplio sofá y encendió un cigarrillo. Se hallaba sin americana y, desde donde se encontraba, podía ver su «holster», del que emergía la negra culata de la «Lüger».

¿Qué estaría pensando Callowan de él?

Desde luego, no había vuelto a enviar informe alguno y ya llevaba cinco días viviendo en el apartamento de la muchacha, esperando lo que, por fin parecía se iba a producir aquella misma noche.

Todavía no sabía exactamente por qué había obrado de aquella forma. Pero por encima de la ilusión que había despertado Miriam en él, no había olvidado su deber, y creyéndose sobre una buena pista, prefería hacer esperar un poco a la SIP para poder informar de algo que valiese verdaderamente la pena.

Pero ¿y Miriam?

Era en aquel punto en el que chocaban las ideas contradictorias que poblaban el cerebro de Archie. Desde que la había conocido, y a pesar de darse cuenta de que la ambición había llevado a la muchacha a un terreno peligroso, deseaba hacer lo imposible por salvarla, perfectamente convencido de que podría hacerlo.

¿Por qué no confesarse decididamente que estaba loco por ella?

Nunca había conocido una mujer como aquélla y le parecía haber descubierto, de repente, un mundo maravilloso que no hubiera sido capaz de imaginar ni en sueños.

Estaba orgulloso de haber conquistado aquella beldad, de saberla positivamente suya, de ver en los ojos de los otros hombres la envidia que se pintaba en cuanto Miriam aparecía ante ellos, de su brazo…

—Me he trastornado por completo —se dijo, en voz baja—, pero creo que eso mismo hubiera ocurrido con cualquier otro hombre… —sonrió al encontrar un sentido especial a las palabras «otro hombre»—. ¿Dónde demonios se habrá metido Peter? —se preguntó, continuando su soliloquio.

Había oído en la televisión el «accidente» sufrido por Mac Lean. Y aunque la información dada al público no hablaba de que el coche estaba desocupado, vacío por completo, el instinto policíaco de Archie le llevó a comprender que algo raro debía de haber ocurrido y que su amigo Cummings no debía hallarse muy lejos del suceso cuando éste se produjo.

Se preguntó ansiosamente si Peter había logrado algún indicio importante, prometiéndose, al día siguiente, cuando supiera lo que Miriam deseaba exactamente de él, ir en busca de Peter para cambiar impresiones con él y enviar un informe conjunto a la Central de la SIP.

—¡Todavía no te has preparado, querido!

Levantó la cabeza, viendo a Miriam, vestida con aquel gusto refinado que ponía en todos los actos de su vida. Ahora llevaba un traje sastre, que la ceñía primorosamente, realzando la violencia estética de su cuerpo.

—No tengo más que ponerme la chaqueta.

Lo hizo, ajustándose cuidadosamente el «holster» con la pistola dentro. Ella le miraba sonriente, provocativa como siempre, con

aquella luz traviesa en sus hermosos ojos.

—¿Vamos?

—Cuando quieras.

Abandonaron el piso, tomando el ascensor que les condujo a la primera planta.

Una vez en la calle y cogidos del brazo, Archie se dejó guiar por la muchacha, sorprendiéndose un poco al comprobar que ella se dirigía hacia el barrio donde había sido tan misteriosamente atacado, justo cuando se decidía a detener a Merret, al salir éste de la casa de compra-venta.

No hizo, sin embargo, comentario alguno, prefiriendo guardar silencio hasta que llegase el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Pero no pudo evitar un gesto de sorpresa al ver que ella tomaba la callejuela donde fue atacado, deteniéndose precisamente ante la puerta de la casa de compra-venta en la que Edward había liquidado su lingote.

Miriam llamó, esperando unos momentos, hasta que se abrió la puerta y dejó ver el rostro barbudo de un hombre viejo y sucio, cuyos ojos, hundidos casi por completo tras el enmarañado revuelo de unas cejas hirsutas, brillaban como si fuesen de acero.

—Hola, pequeña… —saludó el hombre. Y clavando la mirada en Hopp—. ¿Quién es éste?

—Un amigo.

—Pasad.

Atravesaron el estrecho pasillo que formaban multitud de objetos, del más variado origen y tamaño, y que se amontonaban por doquier. Una vez en el fondo, el viejo, que les precedía, separó una cortina sujetándola mientras ellos pasaban a una especie de despacho de exiguas dimensiones, en el que flotaba el mismo olor que fuera: un intenso hedor a cosas viejas y en avanzado estado de descomposición.

Sin decir nada, el viejo descolgó un teléfono, marcando un número de espaldas a los dos jóvenes, que no pudieron ver nada.

Y coco después oyeron unas palabras.

—Soy Meade.

—Miriam ha traído a uno nuevo.

—De acuerdo. Así lo haré.

Colgó el aparato y volviéndose a los jóvenes, dijo:
—Tenéis que esperar aquí. Él vendrá dentro de un rato.
Archie comprendió que estaba empezando a conseguir, sin saber aún cómo, algo verdaderamente importante.

CAPÍTULO VIII


l hombre que penetró media hora más tarde en el minúsculo y sucio despacho del ropavejero era bajito, con una doble barbilla, completamente calvo y grotesco de aspecto, aunque los ojos, azules y brillantes, desmentían la primera opinión que podía uno formarse de él al ver su aspecto vulgar.

Entró en la estancia, mirando en seguida a Archie, de arriba abajo, sin decir una sola palabra. Luego se sentó en el lugar preferente, detrás de la mesa; sacó un habano y lo encendió con toda tranquilidad.

Meade estaba de pie, en un rincón, encogido sobre sí mismo, frotándose las manos, como un cuervo agazapado y esperando su parte en el festín macabro al que estos anímales están acostumbrados.

Hubo un silencio largo, penoso sobre todo para Archie, que se hacía cábalas respecto a lo que podía ocurrir después, y que se preguntaba si era aquél el buen camino que le conduciría a algo

positivo.

El calvo seguía mirándole, de vez en cuando, entre la barrera de humo del habano.

Luego, cuando Archie lo esperaba menos, el hombre dijo:

—Me gustas.

Hopp no hizo comentario alguno, limitándose a bajar la cabeza en signo de asentimiento.

—El trabajo —dijo el otro, después de una pausa— no es nada difícil y está muy bien pagado.

Archie sonrió por primera vez.

—Eso me gusta —repuso—, aunque no temo los trabajos difíciles.

—Me lo imagino. Ahora quisiera hacerte unas preguntas.

—Bueno.

—En primer lugar, ¿qué motivos tenías para atracar a Merret, el novio de Miriam?

La sonrisa de Archie se hizo más franca y cínica al mismo tiempo.

—¡Un motivo dorado! —repuso, vivamente.

—Explícate mejor.

—De acuerdo. Vi salir a aquel tipo de su casa. Había algo raro en él, que no me pasó desapercibido: era como si fuera declarando a todo el mundo que llevaba algo de mucho valor en el bolsillo. Se apretaba la americana y miraba con desconfianza a todas partes.

»Estoy acostumbrado a saber lo que la gente piensa, sobre todo esos tipos que creen engañar a los demás y que, en realidad, van gritando a los cuatro vientos su miedo de ser robados.

—Comprendo. Sigue.

—Pues bien. Seguí a aquel tipo con todo cuidado y estoy seguro que no se dio cuenta de nada.

Al llegar cerca de aquí su confianza era tal que se detuvo, pesándose a una vitrina y sacando lo que llevaba el bolsillo, lo contempló, extasiado.

«Fue entonces cuando me di cuenta de que se trataba de un lingote de oro, de bastante tamaño, y que debía pesar kilo y medio por lo menos».

—¿Cómo pudiste verlo, si estaba de espaldas a ti?

—Por el reflejo de la luna del escaparate. Fue muy fácil.

—¿Qué más?

—Decidí en el primer momento apoderarme de aquel trozo de oro en seguida; pero, pensándolo mejor, me dije que no podría deshacerme fácilmente de él y que era preferible que el tipo lo cambiase por hermosos billetes, con los que no hay dificultad alguna.

—Justo.

—Por eso esperé a que saliese de esta tienda. Me imaginaba que el viejo le había engañado, dándole mucho menos de lo que realmente valía; pero, después de todo menos iba a costarme a mí apoderarme de su cartera.

—¿Qué ocurrió cuando ibas a atracarle?

Archie aclaró:

—Todavía no lo sé exactamente. Yo hubiese jurado que no había nadie en la calle, excepto el tipejo y yo. Pero me golpearon por la espalda y ya no me di cuenta de lo que pasaba.

El hombrecillo calvo sonrió.

—¡Muy bien!

Y después de una pausa, sin abandonar su sonrisa.

—Si no había nadie en la calle, ¿cómo te explicas que te golpeasen?

—No lo sé…

—¿No lo harían desde una puerta o una ventana?

—No. Detrás de mí, como usted mismo puede verlo si sale a la calle, no había más que una valla alta, que protege un solar…

—Veo que eres observador y eso es muy bueno. Ahora date cuenta de nuestro poder, ya que fuimos nosotros quien te pusimos fuera de combate.

—¿Ustedes? ¿Por qué? No creo tener ningún enemigo en esta ciudad…, fuera de la policía.

—No importa ahora por qué lo hicimos. Lo que quiero meterte en la mollera es que somos poderosos y capaces de golpear a un tipo cuando la calle está completamente desierta.

Los ojos de Archie brillaron intensamente.

—¿Cómo lo hicieron?

La sonrisa del otro se amplió.

—No me extraña tu curiosidad, pero aún es demasiado pronto para que sepas muchas cosas. Debe bastarte con saber que cobrarás

dos mil créditos por hora de trabajo…, ¿qué te parece?
—¿Ha dicho dos mil?
—Sí, dos mil…
—¡Por una cantidad así soy capaz de hacer cualquier cosa!
—Nadie va a exigirte demasiado. Ya te he dicho que el trabajo es sencillo…, aunque, naturalmente, como todos, tiene algunos riesgos.
—No me importan los riesgos.
—Mejor que mejor.
—¿Cuándo empiezo?
—No tengas prisa. Mañana, por la noche, te pasas por aquí…, solo, bien entendido.
—Así lo haré.
—Un coche vendrá a buscarte y es muy posible que puedas trabajar mañana mismo. ¿Entendido?
—Sí, señor.
—Eso es todo.
Archie se puso en pie.
Y con voz cargada de dudas dijo:
—Señor…
—¿Qué hay?
—Estoy sin dinero. ¿No podría anticiparme nada?
El calvo sonrió. Se volvió al ropavejero y ordenó:
—Dale quinientos, Meade…, a cuenta de lo de mañana. Comprendo que quiera divertirse en compañía de Miriam. ¿No es eso, Archie?
—¿Cómo sabe mi nombre?
—Nosotros lo sabemos todo, chico. Coge el dinero que va a darte Meade y lárgate antes de que se arrepienta. ¡Hasta mañana!
—Adiós.
Una vez de nuevo en la calle, del brazo de Miriam, se dirigió hacia la salida del barrio. Pero ella le detuvo, no lejos de la casa del ropavejero, para ofrecerle sus labios.
—¿Estás contento?
—¡Muchísimo!
—¿Dónde vamos?
—Donde tú quieras, cariño.
Y después de una pausa, el joven habló.

—No quiero meterme donde no me importa, Miriam; pero ¿cómo has conocido a esos tipos?

—¿No te gustan?

—¿Quién ha dicho tal cosa? ¡Los encuentro formidables!

—Pues basta con eso. Ya sabes que soy ambiciosa y que me gusta vivir bien… Y ahora olvidémonos de todo eso y pensemos sólo en divertirnos… ¿Qué tal si me llevases a la Quinta Avenida?

—¡Vamos!

—¿De veras que estás contento?

¡Claro que lo estaba!

Por primera vez, desde que había comenzado aquel horrible asunto, estaba sobre una pista, débil aún, pero llena de promesas para el futuro.

Tenía que entrevistarse, al día siguiente y sin que Miriam se diese cuenta, con Peter.

* * *

La Radio, la Televisión y la Prensa difundieron, en aquellos días, una noticia de Washington, en la que se hacía saber que la SIP suspendía, por el momento, la celebración de su Festival Anual Gimnástico, que quedaba aplazado de una forma Indefinida.

Aquella noticia no llamó la atención de nadie.

Es decir…

Ningún agente de la más poderosa organización policíaca del mundo volvió a enviar mensaje alguno a la Central. Todos los asuntos pasaron a manos de las delegaciones nacionales, que a partir de aquel momento empezaron a funcionar de una forma autónoma.

La verdad es que se enviaban mensajes a la SIP de Washington, pero sólo se trataba de falsos informes, de mensajes sin verdadera importancia.

Todo el mecanismo de la Spacial International Police había comprendido perfectamente el verdadero sentido de la noticia difundida entre otras muchas.

Porque aquello significaba que la Central había sido «perforada» por una organización criminal y que, por lo tanto, había perdido la seguridad que poseyó hasta entonces.

La señal de alarma general había sonado.

También Peter se enteró de la noticia, frunciendo el entrecejo, ya que era la primera vez que tal cosa ocurría. Hasta aquel momento, si algo había sido inviolable, como un reducto seguro, fue la Central de la SIP, aquella reunión de edificios donde se forjaban los mejores defensores de la Ley que jamás existieron.

Era inconcebible —se dijo Cummings— que hubiera podido ocurrir tal cosa. E imaginándose los sentimientos que estaría experimentando Donald Callowan en aquellos momentos no pudo evitar un estremecimiento.

Era como si un Estado Mayor, en plena guerra, se convirtiese en un sitio en el que el enemigo pudiera obrar a su antojo, sin que nada ni nadie pudiese evitarlo.

También pensó Peter en la desesperación que debía de haber producido la noticia en los centenares de agentes de la SIP esparcidos no sólo por todo el mundo, sino en los planetas conquistados. Aquellos hombres, que no podían haber olvidado su estancia en la Escuela, sus años pasados en aquel lugar cercano al Potomac, debían experimentar ahora una horrible desesperación, al saber que los fuera de la ley habían logrado penetrar en la sede del Servicio, sin que las extraordinarias medidas de protección sirviesen para nada.

Incluso, a partir de aquel momento, la preciosa vida de Callowan podía estar en peligro.

Cummings prefirió alejar de su mente las tristes ideas que la poblaban, dirigiéndose, Como cada tarde, al bar donde había quedado en encontrarse con Archie, sin saber si en aquella ocasión lograría verle.

Le extrañaba un poco la desaparición de su amigo, aunque estaba seguro de que Archie seguía investigando por su cuenta y que algo debía haberle alejado, por el momento, del lugar de la cita.

Como de costumbre, se sentó en la mesa convenida, pidiendo un «*whisky*» con mucha soda. Luego encendió un cigarrillo y se puso a contemplar el ir y venir de los camareros por la amplia sala.

Hasta que vio entrar a Hopp.

Ninguno de los dos agentes se miró. Y Archie, seguro de sí mismo, fue directamente hacia el mostrador, donde bebió un vaso, sin volverse una sola vez hacia su compañero.

Luego, Peter se levantó, yendo hacia las cabinas telefónicas. Entró en una de ellas, saliendo en seguida, como si hubiera pensado que no debía telefonear; pero, apenas había dado unos cuantos pasos, regresó y entró en la contigua.

Momentos más tarde, Hopp fue hacia aquella primera cabina en la que había entrado su amigo, cerrando cuidadosamente la puerta tras él. No tardó mucho en descubrir la doble ventosa qué Peter había colocado en uno de los ángulos, y que era el complemento del extraño aparato que la mayor parte de los agentes llevaban consigo.

Sirviéndose de aquella especie de transmisor electrónico, del que Peter poseía la parte más voluminosa, se comunicaron todo lo que sabían, rápidamente, sin hacer comentario alguno.

Sólo al terminar Hopp su amplio informe preguntó:

—¿Has oído las noticias, Cummings?

—¿Lo del Festival?

—Sí.

—El «viejo» debe de estar como sobre carbones ardientes.

—¡Imagínate!

—¿Vas a comunicarle todo?

—¡Desde luego!

—Di que estoy muy cerca del núcleo del volcán y que procuraré comunicarte lo que vaya sabiendo.

—¡Menuda suerte has tenido, granuja!

—Ha sido gracias a la muchacha.

—¿Es bonita?

—¡Maravillosa!

—Ten cuidado, cabezota.

—¿Crees que no me doy cuenta de todo? Pero estoy seguro de que muy pronto podré sacarla de todo ese jaleo.

—¿Ésas tenemos? Me haces pensar en la archisabida historia del hombre que se compadeció de una víbora y la albergó en su pecho para darle calor…

—¡Calla! Suerte tienes de que estés al otro lado de la cabina. Si no hubiera esta pared por medio, te rompería los morros.

—No te enfades. Pero ten cuidado, muchacho…, esa chica me da mala espina.

—¡Vete al diablo!

Y Hopp abandonó la cabina, dejando las ventosas bajo el

pequeño asiento, seguro de que su amigo, en la primera, ocasión, las recuperaría.

Cuando Peter salió de la cabina, su compañero había abandonado ya el local. Todavía permaneció en la mesa un rato, dirigiéndose después a la otra cabina: recogió las ventosas y salió del bar definitivamente.

Aquella misma noche telefoneaba a Washington.

—¿Clínica Sull?

—Sí. ¿Qué desea?

La voz de la enfermera era dulcísima e hizo que Cummings pensase, sin poderlo evitar, en la misteriosa Miriam.

—Desearía que el doctor me hiciese un reconocimiento.

—¿Cuándo le conviene?

Peter dijo:

—Mañana por la mañana. ¿Qué le parece a las ocho? Podría coger el Intercontinental de las siete y media, aquí, en Nueva York.

—Perfectamente, señor… ¿Su nombre, por favor?

—Peter Cummings, señorita.

—Muchas gracias. ¡Hasta mañana, señor Cummings!

—Adiós.

Peter se dirigió al hotel y penetró en la habitación que ocupaba, en cuya puerta había colocado una cerradura de seguridad especial. Quitándose la chaqueta y la camisa, se puso ante el espejo del armario empotrado, contemplando, con una sonrisa su potente tórax.

Luego, sacando de un maletín un tintero y un pincel, empató a trazar rasgos extraños sobre la piel del pecho, guiándose por el espejo. Los rasgos no permanecieron visibles más que unos pocos segundos, borrándose completamente después, como si nada se hubiera escrito.

Allí estaba la información completa de todo lo que Hopp le había contado, En realidad, la Clínica, «Sull» era un departamento de emergencia de la SIP. «Sull» eran las tres primeras letras del hombre de Sullivan. Y éste, que debió recibir inmediatamente el mensaje de la enfermera, se presentaría la mañana, siguiente en la Clínica, dispuesto a atender al «paciente» que deseaba verle.

Aun estando vigilados, nadie notaría nada, ya que el formidable Pat se comportaría con el «enfermo» como si éste fuere uno de

verdad. Lo examinaría profesionalmente, sólo que cuando lo pasase al departamento de Rayos X, el aparato, especialmente preparado, fotografiaría el mensaje que Peter había pintado en su pecho.

Con unas gafas especiales, Pat leería el informe, destruyendo después la radiografía. Después pasaría el mensaje a Callowan.

«Por muy listos que sean —pensó Cummings, mientras volvía a ponerse la camisa—, jamás podrán enterarse da nada. Verdad es que la SIP ha recibido un serio golpe, pero al final, sea como sea, lograremos darles su merecido…».

Era la maravillosa confianza que los hombres de la SIP tenían en la organización a la que pertenecían y, sobre todo, en el hombre que estaba a la cabeza de aquella fuerza anti criminal: ¡Donald Callowan!…

CAPÍTULO IX


rchie no podía contener la impaciencia. Llevaba ya más de una hora en el miserable despacho del ropavejero, esperando la llegada del vehículo que el calvo le había prometido vendría a buscarle.

Se percataba cada vez más del importante camino que había tomado y de la fantástica suerte que había tenido al encontrar a Miriam.

¿Encontrarla? ¿No había sido ella, por el contrario, quien le había encontrado a él?

Y, de ser así, ¿no fueron ellos los que dispusieron todo, permitiendo que Miriam lo llevase a su casa, ya que era imposible que Edward lo hubiese hecho?

Hopp no pudo evitar un estremecimiento.

¿Y si ellos sabían desde el principio la verdad, conociendo su identidad de agente de la SIP y jugando con él como el gato con el ratón, para terminar con su molesta presencia en el momento que

quisieran?

Había dejado, por suerte, el aparato «escucha» en el hotel y sólo llevaba la falsa linterna y la pistola. Aquello no podía denunciar su identidad y también era posible que les hubiera engañado.

Prefirió dejar de pensar, sabiendo que hacerlo no lo iba a conducir a parte alguna.

Era muchísimo mejor esperar los acontecimientos que, por sí mismos, se encargarían de aclarar definitivamente las cosas.

Meade hizo un gesto.

—Ya están aquí —dijo.

En afecto, Hopp oyó el ruido de los frenos de un coche, seguido después por el del timbre de la puerta.

—Voy a abrir —dijo el viejo.

Momentos después, dos hombres altos, fuertes, con característico aspecto de bandidos, aparecieron en el despacho.

Y uno de ellos, después de mirar a Archie de arriba abajo, dijo:

—Me llamo Lukas y soy tu jefe directo. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Salieron, subiendo al coche, un potente birreactor de color negro, que salió disparado, dirigiéndose hacia la zona residencial de la ciudad, al norte de Manhattan, hasta detenerse en el interior de un parque, frente a una casa con proporciones de castillo.

Esperaron en el salón hasta que el calvo, elegantísimamente vestido esta vez, apareció, sonriente, con el habano entre los labios.

—Hola —saludó.

Y después de que Lukas sirviese unos «*whiskies*», sentados ya todos en los cómodos sillones, miró a Archie, rompiendo el silencio que se había hecho.

—Fuimos nosotros —dijo, con una punta de orgullo en la voz— los que asaltamos el Banco National.

—¿Es posible? —se asombró, dueño de sí, el agente de la SIP.

—Lo Que oyes. Ahora vamos a encargarnos del de Chicago. Posee un sistema de alarma y detección semejante al otro, pero ya hemos demostrado que eso no nos asusta.

—¡Es formidable!

—Ya verás cosas más estupendas aún. Por el momento, vamos a prepararos, a vosotros tres, para el trabajo de mañana por la mañana. Luego, tú, Hopp, irás a divertirte un poco, sustituyendo a

uno de mis hombres.

—¿Pueda saber dónde?

El calvo acentuó su sonrisa.

—¡Naturalmente, muchacho! Es un placer decir que vas a pasar un par de días en la Central de la SIP.

—¡No!

—Sí. Y no temas. Hay allí un muchacho que lo está pasando «de miedo». ¿Te lo imaginas? Le están tomando el pelo a Callowan, el jefe de la SIP.

—Pero… ¿cómo es posible?

—Luego lo verás. ¡Vamos!

Abandonaron, el salón, tomando una escalera que conducía al sótano, de dimensiones colosales y profusamente iluminado. Después de atravesar unas salas repletas de libros y de aparatos envueltos en fundas de plástico, pasaron, por último, a un despacho, cuyas paredes estaban igualmente cubiertas de libros hasta el techo.

Archie abrió los ojos desmesuradamente al ver la copia exacta del calvo. Un hombrecillo idéntico en todo, pero con los ojos un poco menos brillantes que el otro, estaba allí, detrás de la mesa, con una corta bata blanca.

El calvo se acercó al despacho:

—¿Has preparado todo, Harold?

—Sí, Jimmy.

—Hoy trabajarás con tres.

El de la bata miró a los hombres, fijándose con mayor atención en Archie.

—¿Es nuevo?

—Sí.

—Perfecto. Pero no olvides que Lukas y Tom han pasado ya dos veces.

—No lo he olvidado.

Hopp notó un brillo acerado en los ojos de Jimmy y una mirada ansiosa en los del otro calvo, el que se llamaba Harold.

Éste preguntó:

—¿De veras que no has olvidado que van tres veces?

—No. ¿Quieres que te lo diga más claro?

Harold bajó los ojos ante el gesto colérico del otro.

—Está bien —musitó, con voz apenas audible.

Se levantó de su asiento, dirigiéndose, seguido por todos los demás, a una habitación inmediata, cuyo aspecto recordó a Archie una peluquería de señoras.

En efecto, había cuatro sillones y sobre ellos los conos metálicos de una especie de colosales «secadores».

—Que se sienten en éstos —dijo Harold.

—Ya lo habéis oído —apoyó Jimmy.

Y cuando lo hubieron hecho, acercándose al que ocupaba Archie, le animó:

—No temas, muchacho: mi hermano es un verdadero «as» en estas cosas complicadas. ¡Vamos a hacer de ti un superhombre!

—¿No me ocurrirá nada?

—En absoluto.

Entretanto, el de la bata había colocado unos cinturones a los tres hombres. Y al hacerlo con Hopp le advirtió.

—Llevarás este cinturón; luego no tendrás más que apretar este resorte para conseguir una invisibilidad completa.

Archie fingió perfectamente un asombro natural:

—¿Cómo? ¿Voy a volverme invisible?

—Ahora no; pero cuando te levantes del sillón podrás conseguirlo apretando ese resorte.

—¡Qué barbaridad! Yo creí que nunca se podría volver uno invisible.

El de la bata sonrió, y con gesto condescendiente explicó:

—Es verdad, muchacho, pero lo que yo consigo no es la invisibilidad, sino la desatomización parcial.

—¿Qué es eso?

—Una separación atómica relativa, pero suficiente para que, entre las cosas que resultan de ello, surja una perfecta invisibilidad. Verás: los cuerpos mantienen sus características visibles y mesurables gracias a las propiedades de la materia: cohesión molecular, peso, forma; es decir, todo lo que nos permite ver lo que nos rodea o vernos a nosotros mismos…

Jimmy se había acercado y fulminó a su hermano con una furiosa mirada.

—¿Te has vuelto loco, Harold? ¿Es que crees que este hombre va a entender ninguna de las cosas que le explicas? ¡Empieza a trabajar!

Pareció como si Harold fuese a obedecer; pero, de pronto, se volvió hecho una furia hacia el otro y rugió:

—¡¡No!! ¡Ya estoy harto de ser tu esclavo! Hace tres años que me tienes aquí encerrado, como una bestia inmunda. Me sacaste de la Universidad cuando tuve la debilidad de escribirte, contándote lo que había descubierto…

—¿Y a qué viene eso ahora?

—A que no haré funcionar mi desatomizador parcial a menos que me dejes hablar lo que quiera.

—¡Pero si ese muchacho no entiende ni jota!

—¿Y eso qué importa? Hace años que no hablo con nadie y deseo, como todo sabio, contar a alguien la maravilla que he logrado.

Jimmy se encogió de hombros.

—Está bien —dijo, resignado—. Pero acaba pronto: estos hombres tienen trabajo. —Y se alejó.

Con una sonrisa de infantil triunfo, el de la bata se volvió a Archie:

—Le estaba diciendo, joven, que una vez desaparecidas las características corrientes de la materia, sobre todo la cohesión, se consiguen otras importantísimas, la invisibilidad, la ingravidez…

—¿Eso quiere decir que no pesa uno?

—Así es. Imagínese el humo que sale de un Cigarrillo: es visible mientras se mantiene entre sus moléculas una cierta cohesión; es decir, mientras están juntas, amontonadas. Pero en cuento se secaran, la masa gaseosa se hace invisible. ¿Lo comprende ahora?

—Perfectamente.

—Le creo. Desde que entró usted aquí me di cuenta de que era usted inteligente. Pues bien: lo mismo ocurre con el cuerpo humano: separe usted las moléculas, produciendo lo que yo llamo una «desatomización parcial», y volverá usted a un hombre invisible, ingrávido.

—¡Es usted un genio!

El hombrecillo calvo sonrió, halagado.

—Sí, lo soy. Y poco me importa el uso que mi hermano haga de mi invento. ¡El mundo sabrá quién fue el que lo consiguió! Además, sigo estudiando, preocupado por salvar ciertas dificultades.

—¿Cuáles?

La voz de Harold se tornó en una especie de susurro. Luego continuó explicando.

—La desatomización tiene un peligro, ya que, como comprenderá usted, se producen anormalidades en la «reconstrucción» del cuerpo, cuando vuelven a juntarse los átomos y las moléculas. Esto hace, como he podido experimentar con animales, que no pueda hacerse la integración la cuarta vez.

—Eso quiere decir que el cuerpo queda disuelto.

—Por completo. Es como si abriese usted un frasco lleno de humo. La atomización se hace completa y el cuerpo se disuelve en el espacio.

—¿Muere el individuo?

—Sí.

Hubo una pausa; después prosiguió:

—Por eso he advertido a mi hermano que Lukas y el otro no saldrían de ésta. Pero no se preocupe, amigo. La próxima vez que usted haga este trabajo, ya habré conseguido obviar ese pequeño defecto.

Hopp se estremeció.

«¡Y lo llama pequeño defecto!» —pensó, helándosele la sangre en las venas.

Y en voz alta preguntó:

—¿Cuánto dura el efecto de la invisibilidad?

—Un par de horas. En total, con una carga se puede permanecer ocho horas invisible, pero lo mejor es utilizar solamente períodos de dos horas.

—Comprendo…

Fue entonces cuando Jimmy se acercó de nuevo:

—¿Ha terminado ya la conferencia, señor profesor?…

Harold sonrió.

—Sí. Voy a trabajar…, pero no vuelvas a tratarme como a un esclavo, Jimmy. Podría darte un disgusto.

—¿Cuál?

—Desaparecer como hago con tus hombres.

Una sonrisa hipócrita subió a los labios del calvo Jimmy:

—No es para tanto, hermano. Ya comprenderás que tú eres antes que todo lo demás.

Y Harold, dirigiéndose hacia el aparato que había junto a la

pared, dijo:

—Me gustaría creerte, Jimmy…, pero siempre fuiste malo y ambicioso…

Bajó una palanca y una especie de mosconeo, nada desagradable, rodeó a Hopp.

La experiencia había empezado.

* * *

Donald Callowan pulsó el botón del interfono, oyendo el informe general del robo al Banco National, sucursal de Chicago, que se había llevado a cabo aquella misma mañana.

Tenía los hombros caídos y parecía haber envejecido cien años en aquellas semanas transcurridas desde el robo anterior.

Nada le hubiese importado enfrentarse con un problema como aquél, de no haberse producido lo inesperado, la entrada de los delincuentes en la propia central de la SIP, en su propio despacho.

Estaba acostumbrado ya a las bromas del personaje invisible que la banda había dejado en la Central. Al principio, cuando vio caerse los cuadros y las sillas, los ceniceros y los libros, en medio de un estrépito formidable, retó al invisible burlón a dar la cara, para pelear con él de cualquier forma.

Pero terminó comprendiendo que aquélla, actitud sólo servía para aumentar su desesperación optando por no hacer caso alguno a lo que sucedía a su alrededor.

El personaje invisible solía desaparecer, Callowan se había dado cuenta, cada dos horas, dejándole un margen de tranquilidad de otras dos horas, lo que le permitía, reloj en mano, de ocuparse un poco de los asuntos importantes que debía resolver.

Había sido una medida formidable la de descentralizar la SIP, ordenando a sus muchísimas Delegaciones que se arreglasen ellas solas, evitando así que el invisible espía pudiera complicar aún más las cosas.

Pat entró en el despacho.

—¿Está? —inquirió.

—No. Hace cinco minutos que se ha ido. ¿Te explicas por qué?

—Un poco. Debe de hacerse visible cada dos horas…

—¡Pero si lo hemos registrado todo!

—¿Qué importa? Habrá encontrado un rincón donde permanecer durante ese obligado período de visibilidad.

—¡Es desesperante!

Y tras una pausa preguntó:

—¿No hay noticias de Archie?

—No.

—¿Y Cummings?

—Ha concluido parcialmente su trabajo, al demostrar que los Mac Lean no tenían nada que ver en el asunto.

—Entonces, ¿por qué diablo lo mataron?

—Igual que ocurrió con Merret.

—No creo que fuese por el mismo motivo.

—De todas formas, en ambos casos colocaron los lingotes en las casas de esos hombres. ¿Y el ropavejero?

—Orden de Hopp de no importunarle todavía.

—¡Ojalá tenga suerte ese muchacho!

—Puede que la tenga; pero, sí recuerdas el informe que te dio Peter, en la Clínica, se ha enamorado estúpidamente de esa Miriam, que en mi opinión es una mujer capaz de echarlo todo a rodar.

Pat sonrió.

—Olvidas, querido Callowan, muy frecuentemente, que los agentes de la SIP son hombres también.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que no son, sencillamente, como nosotros y otros cuantos… Dik Doe, Carlo Daveira, Iko Namura, los «Chispas», Dad Tavore y nosotros no somos como ellos.

—¿Qué somos entonces?

—Máquinas. Dik y Carlo máquinas de matar, Iko es una máquina de violencia, Dad una máquina de visión lejana y telepatía, los «Chispas» máquinas electrónicas…, y tú y yo, viejo amigo, máquinas cerebrales: hombres que se han consagrado a una misión, olvidando el resto.

El rostro de Callowan se había ensombrecido. Luego, tras una larga pausa asintió.

—Creo que tienes razón.

—Desde luego que la tengo.

—Pero no quisiera que ese muchacho malograse su misión por unas faldas…

—Déjale. Sabe lo que se hace y conoce lo que podría ocurrirle si fracasase por un error de ese género.

Un nuevo silencio se estableció entre ellos.

Al poco, Callowan invitó:

—¿Y si tomásemos un café?

—¿Aquí?

—¡No! No puedo soportar este despacho, sobre todo desde que ese bandido juega conmigo así…: Vamos a la cantina.

—Como quieras.

Estuvieron más de una hora abajo, charlando animadamente, haciendo lo imposible por olvidar, aunque no fuese por nada más que un rato, las preocupaciones que habitaban en sus almas.

Después, Donald dijo:

—Volvamos al despacho. Ese granuja debe de estar jugando ya con los muebles y los libros.

—Ten un poco de paciencia.

—¿Aún quieres que tenga más?

Rieron, aunque no de buena gana.

De nuevo en el despacho, Callowan miró a su alrededor y dijo:

—Me extraña. Debía estar ya aquí, haciendo de las suyas.

—¿Y si se hubiese ido?

—¡No caerá esa breva, Pat!

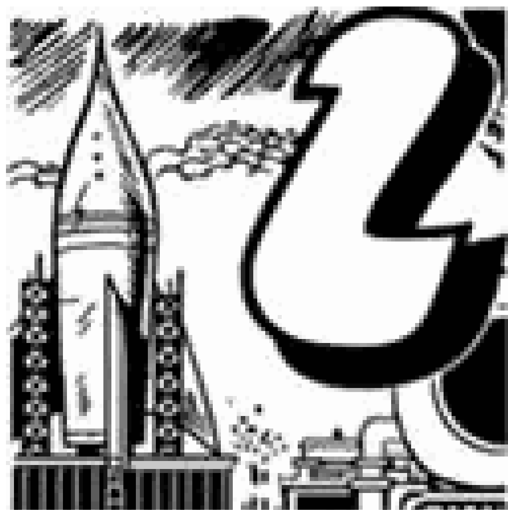
Y en efecto, en aquel momento, el aire pareció vibrar junto a la ventana, y mientras los dos hombres, sin poder contener su asombro, miraban hacia aquel lado, una imagen, al principio, difusa, empezó a dibujarse.

Callowan, que jamás perdía la sangre fría, echó mano a su pistola.

Pero, antes de que pudiera disparar, una voz resonó en la habitación, saliendo de la vibración, cada vez más densa, que había junto a la ventana.

—¡No dispare, señor! ¡Soy yo, Archie Hopp!

CAPÍTULO X



a silueta de Hopp se dibujaba ahora casi completamente y no tardó mucho en aparecer por entero, mientras los dos hombres, el doctor Sullivan y Callowan, contemplaban con los ojos abiertos por el asombro el fenómeno que se desarrollaba ante ellos.

Pero Archie, sonriente, exclamó:

—¡Ya está!

Donald le hizo un gesto, invitándole a que se sentara, cosa que también hizo el doctor y él.

—Acabo de llegar, señor —explicó el agente—. He venido a sustituir al que ha estado aquí hasta ahora.

Callowan no pudo más:

—¡Dime quién es ese hijo de perra! ¡Quiero gastarle unas cuantas bromas de las que se acordará el resto de su vida!

Y explicó al joven todo lo que había tenido que soportar.

Hopp no pudo evitar una sonrisa:

—Todo eso se ha acabado, señor. He tenido mucha suerte y espero que aprovechemos la ocasión que se nos presenta.

Contó todo lo que sabía y había visto, agregando después:

—Ahora preparan, para pasado mañana, un nuevo asalto.

—¿Dónde?

—En la reserva bancaria del Estado.

—¡No!

—Sí, señor. Podrán apoderarse, del oro allí acumulado con la misma facilidad que lo han hecho en esos dos bancos.

—¡Sería el descrédito total para la SIP!

—No ocurrirá nada de eso, señor. Esta vez podemos intervenir y evitaremos la catástrofe.

—¿Cómo hacerlo?

Urdieron el plan, poco a poco, estudiando todas las posibilidades, a la luz de los datos que Hopp iba comunicándoles. Y una hora más tarde, Callowan volvía a, sonreír como no lo había hecho desde hacía bastante tiempo.

—¿Así que no conoces a ese tipo que estaba aquí?

—No, señor. Sólo sé que se llama Walter.

—¡Ése me las pagará todas! ¡Lo juro! ¡Creí que iba a terminar volviéndome loco!

* * *

Jimmy hizo entrar a Lukas, sentándose cómodamente en uno de los sillones de su flamante salón, en la casa de la zona residencial.

—Estoy satisfecho —dijo, después de una pausa—. Todo ha salido a pedir de boca.

Lukas sonrió.

—¿De veras que vamos a ir a la Reserva de Oro del Consejo?

—¡Naturalmente!

Fue entonces cuando Harold apareció por el fondo, con su bata blanca.

Avanzando lentamente, se quedó mirando, con los ojos muy abiertos, a Lukas, mucho antes de que éste y Jimmy se diesen cuenta de su presencia.

—¡Es imposible! —musitó para él—. ¡Imposible!…

El ruido de sus pasos hizo que su hermano se volviese.

—¡Ah! ¿Eres tú, Harold?

—Sí. Estaba cansado y vine a descansar un rato aquí.

—Siéntate…

Y dándose cuenta de la forma extraña con que miraba al otro, comprendió lo que estaba pensando.

—Se equivocan también los sabios, ¿eh?

Harold no dijo nada.

Y su hermano, contento de poder atacarle, continuó:

—Vosotros, los hombres de ciencia, os creéis superiores a los demás…

—¿Crees que no me alegro de que no haya sucedido nada a Lukas?

El interpelado prestó oído.

—¿Eh? ¿Qué ha querido decir, jefe?

—No hagas caso. Ya conoces a mi hermano y sabes lo raro que es…

Y volviéndose a Harold, con tono suave a la vez que conminatorio, dijo:

—¿Por qué no regresas a tu laboratorio, hermanito? Allí estás mejor que en parte alguna. Además, has de prepararte para esta noche…, necesitaremos quince hombres.

—¿Tantos?

—Sí, Vete, por favor.

Harold se levantó, vencido, alejándose hacia la puerta que daba a la escalera del sótano.

Hubo un silencio.

Luego Lukas preguntó.

—¿De veras que no va a ocurrirme nada, jefe?

Jimmy lanzó una carcajada.

—¡No seas idiota! Ahora escúchame…

—Bien.

—¿Has preparado a los muchachos?

—Toda la banda está dispuesta.

—De acuerdo. Llamaremos al nuevo, al que está en la SIP. La broma ha durado ya bastante y hemos conseguido desmoralizar a ese idiota de Callowan.

—¿Por qué no lo ha matado?

—¿Para qué? Ridiculizándolo hemos logrado más.

—Es posible, pero yo le hubiese matado.

—Lo sé.

Y, tras un silencio, habló de nuevo el jefe.

—Mañana por la mañana iremos a la Reserva del Oro. Trabajaremos como siempre, con rapidez. ¿Entendido?

—Hay un pasillo empotrado en el cemento que conduce, por una pendiente inclinada, a la cámara central, donde, en estantes especiales, se halla toda la reserva.

—¿Y qué?

—Penetraremos cuando hagan el relevo, a las ocho y media, aprovechando esa circunstancia para meternos allí, como hicimos cuando Mac Lean fue a visitar al director.

—Bien.

—Permaneceremos en el interior las tres horas que dura la guardia. Luego, cuando se haga el nuevo relevó, saldremos con los lingotes. He calculado que podemos llevar unos cuarenta kilos cada uno.

—¡Magnífico! Yo sacaré cincuenta.

—Como quieras.

Al cabo de un poco, Jimmy dijo:

—Éste será nuestro último golpe. Tenemos lo suficiente para vivir el resto de nuestra vida. Prepararemos el oro para cambiarlo sin despertar sospechas. Casi la totalidad lo cambiaremos en Marte y Venus.

—¿Cuándo se hará el reparto?

—Pasado mañana, después del golpe.

—Me parece magnífico.

—A mí también. Y ahora ve a preparar a los muchachos. Que saquen a Archie de la SIP y le das las instrucciones de costumbre. ¿Algo más, o lo has entendido todo?

—Todo está claro. Como el agua.

* * *

Ni siquiera los guardianes de la Reserva habían sido prevenidos. Pero con una puntualidad matemática, cronometrando el tiempo justamente, una treintena de agentes de la SIP, mandados personalmente por Callowan, se presentaren, a la hora prevista, las

roce de la noche anterior, en el fuerte donde se encontraba acumulada una de las mayores riquezas de la Tierra.

La guardia que los recibió fue relevada inmediatamente, y sus miembros, en calidad de «detenidos», conducidos a Washington por los agentes de la SIP para que no pudiera a hablar con nadie.

Los otros equipos de guardianes no supieron nada, ya que las fuerzas de la Spacial International Police se habían colocado en el fondo de las cámaras subterráneas, sin moverse de ahí.

Antes de que se realizase aquella operación importante, un equipo de la SIP, a las diez de la noche anterior, se presentó en el laboratorio de Harold, procediendo a la detención del sabio, dos horas después que éste hubiese preparado a la banda para que actuase al día siguiente.

Harold comprendió perfectamente todo lo que podía sacar en limpio si se comportaba dignamente.

Y lo hizo. En realidad, aquel hombrecillo, hermano gemelo del astuto Jimmy, no era más que un sabio, que había sido engañado por su hermano y condenado a vivir encerrado en un laboratorio donde podía, por lo menos, dar libre curso a su ciencia creadora.

Callowan supo convencerle.

Y ahora, juntó a los hombres de la SIP y con un pequeño aparato que había sacado del laboratorio, después de conversar con Donald, se encontraba en el interior del sótano de la Reserva, detrás de las estanterías repletas de oro hasta el techo.

En el fondo estaba contento, ya que sabía que las promesas que Callowan le había hecho serían cumplidas al píe de la letra.

* * *

Cuando el relevo se efectuó, la banda, perfectamente Invisible, en estado de «semidísociación molecular», penetró tranquilamente en el protegido recinto, sin que las máquinas detectoras pudieran revelar nada, ya que los hombres de Jimmy habían perdido el peso, la forma y casi la materia que los componía.

Jimmy iba con ellos.

La importancia del golpe le había impelido a formar parte de aquella importante expedición, sabiendo ya de antemano que nada malo podía ocurrirles. La experiencia de los dos robos anteriores le

habían convencido de la completa impunidad en que el invento ele su hermano los colocaba a todos ellos.

Pero las cosas ocurrieron de otro modo.

Apenas habían entrado en la inmensa sala del oro, cuando Callowan hizo el gesto que iba a provocar la catástrofe.

Harold, que apuntaba a los bandidos con el aparato que había traído del laboratorio, oprimió un botón. Y la invisibilidad desapareció como por ensalmo.

Se trataba de un concentrador que asociaba la materia de nuevo, dándole su forma normal.

Al mismo tiempo, los agentes de la SIP, armados de rifles cargados de balas anestésicas de efecto fulminante, fueron haciendo blanco en las siluetas que, ante su asombro, surgían de donde antes no había más que un poco de aire.

Uno a uno, los bandidos fueron cayendo, como muertos, excepto Hopp, cuya fisonomía conocían todos los agentes.

Y cuando el suelo estuvo cubierto de cuerpos inmóviles, Callowan salió del escondite, dando las órdenes pertinentes para que fueran trasladados a los vehículos aéreos que esperaban no lejos de allí.

Todo terminó en pocos minutos.

Hopp, con una sonrisa en los labios, se acercó a Callowan, que le estrechó la mano cordialmente, sacando un par de habanos.

—¿Fumas, muchacho?

—Hoy lo haré, señor.

—¡De acuerdo!

Fue entonces cuando alguien golpeó la espalda de Archie, haciéndole lanzar un grito.

Pero, cuando se volvió y encontró a Peter, lanzó una carcajada.

—¿Todavía vivo, gordito?

—¡Desde luego! Pero como vuelvas a llamarme gordito, no te digo la misión que el jefe me encargó ayer.

—¡Habla!

—¿Conoces a una chica llamada Miriam?

Hopp no pudo evitar un estremecimiento.

—¡Habla, por lo que más quieras!

—Bueno, bueno…, pero debes prometerme que no me llamarás gordito…

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Palabra que no me meteré nunca más con tu esbelta figura!

—De acuerdo. El «viejo» me encargó ayer que fuera a buscar a tu Miriam y la llevara a Washington para protegerla mientras se desarrollaban las operaciones de limpieza.

—¡Tengo que demostrar su inocencia!

—Ya está demostrada. Callowan habló con la muchacha, que confesó haber obedecido las órdenes de Jimmy, al que conoció en los almacenes.

—¿Y qué le ordenó hacer?

—Entablar amistad con Edward Merret, enamorarlo y prepararlo todo para que él le informase de los secretos de la cámara acorazada del Banco.

—Cosa que hizo.

—Desde luego. Jimmy no podía atreverse a asaltar el Banco sin conocer algo de las máquinas detectoras que allí había. Así, cuando supo que eran capaces de detectar el peso de una persona, habló con su hermano, que le satisfizo con su invento.

—¿Y Mac Lean?

Peter frunció el entrecejo.

—No te enfades con ella, muchacho.

—¿Por qué debía hacerlo?

—Porque también engañó Miriam al viejo Wilson Mac Lean.

—¿Qué quieres decir?

—No seas mal pensado. Ella obró movida por esa estúpida ambición de las jóvenes modernas. Quería vivir bien, habitar una casa lujosa, tener vestidos, joyas y dinero…

—Pero…

—¿Pero qué?

—¿Qué hubo con Wilson Mac Lean?

—Lo mismo que con Edward: una amistad amorosa, sin más… Te digo, amigo mío, que esa chica es buena…, de veras.

—Nunca dejé de pensarlo, pero…

—¡Déjate ya de peros! ¿La quieres o no?

Y como el otro no contestase:

—¡No seas imbécil! Esa pobre muchacha se encontró en un atolladero…, hizo lo que otras miles hubieran hecho.

—Está bien…

Y tras una pausa preguntó:

—¿Por qué mataron a esos dos hombres? ¿Lo sabéis ya?

—Sí. Jimmy habló delante de la muchacha, en la casa del ropavejero, que también ha sido detenido.

—¿Y qué?

—A Merret lo mataron temiendo que tú, al atacarle, le sacases alguna cosa de las que sabía. No olvides que fue él quien informó a Miriam de ciertos detalles de las máquinas detectaras.

—¿Y por qué no me mataron a mí?

—Porque necesitaban hombres. Harold se había equivocado y creía que después de usar la invisibilidad tres veces, los hombres tenían que morir a la fuerza.

—¿Y no era así?

—No. Pero ellos lo creían y necesitaban hombres para emplearlos en la banda, que, en un principio, no estuvo formada más que por Jimmy y Lukas.

—Comprendo.

—En cuanto a Mac Lean, lo mataron para impedir que desencadenase una investigación al presentarse a la policía. Tenían a la SIP amordazada, pero deseaban, por eso mismo, evitar el escándalo.

* * *

Tres días después Peter dejaba atrás y abajo una casita en las costas de Florida. Su helicoche se alejaba hacia el interior; pero, sin necesidad de gemelos, ni de telepatía, podía adivinar la escena que debía estar sucediendo en el interior de la casita.

Sonrió.

Porque, antes de estrechar la mano a los recién casados, había sorprendido sus miradas, y por muy tonto que sea un hombre, sabe, cuando menos, el momento exacto en que empieza a estorbar…

¿No es cierto?


FIN

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Al frente de una poderosa organización, cruel, astuto y misterioso, se burlaba de toda la tierra. Era...

CRÁNEO DE PLATA

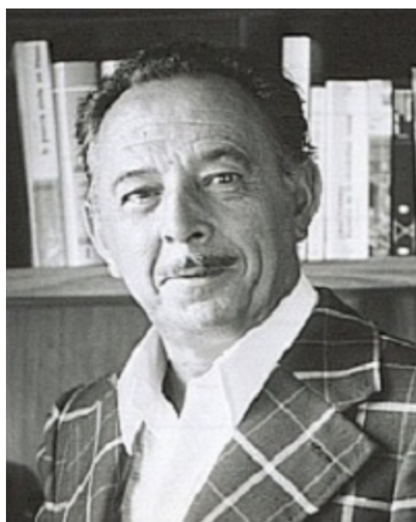
Es, naturalmente, una novela de JOHNNY GARLAND.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] En las casas modestas, la televisión es general y una central se encarga de llevar a las pantallas, sin control, los programas más populares, que los vecinos han de ver sin otra opción. <<

[2] En la Escuela de Agentes de la Sip hay una sección especial para enseñar a los futuros policías la difícil ciencia del registro. En efecto, conviene siempre dejar las cosas como se han encontrado, ya que en un aparente desorden se han podido dejar ciertas señales que demuestran que alguien ha andado en ellas. Un registro eficaz es muchísimo más difícil de lo que parece, ya que existen escondrijos que sólo la mente de una persona que haya estudiado la psicología humana puede encontrar. Hay quien esconde las cosas profundamente y otros, más inteligentes, que las dejan donde nadie piensa encontrarlas, en el sitio más visible, fiándose en la intensidad emocional del que busca. <<

[3] Tavore, jefe de la Sección India, dentro de los Servicios orientales de la Spacial International Police, es el maestro en telepatía, y ya conocido por los lectores asiduos de la SIP, que han podido admirar sus extraordinarios poderes y sus procedimientos sorprendentes y fantásticos en algunos de los títulos de esta Colección. < <